

Gonzalo Allende

" Tren al Sur "

(Diario de Viaje I)



Kuntrún Ediciones

www.biblioredes.cl/kuntrun.cl

Kuntrunediciones@gmail.com

Registro de Propiedad Intelectual N° 132.527

Soy un Libro Libre Virtual y quiero que muchas personas
Como tú también puedan disfrutar de mis páginas. Por eso
Ingresa mi Código Libro Libre **21712** en el sitio web
www.librolibrechile.cl Léeme y luego envíame a quien quieras
o donde quieras. Así podré seguir viajando y saboreando la
alegría de abrir nuevos mundos y llevando aventuras y sueños
a niños, jóvenes, adultos y ancianos.



" Tren al Sur "

*Siete y media en la mañana
mi asiento toca en la ventana
Estación Central segundo carro
del ferrocarril que me llevará al Sur*

*Ya estos fierros van andando
y mi corazón está saltando
porque me lleva a la tierra
dónde al fin podré de nuevo
respirar atento y hondo
alegría del corazón*

*Y no me digas " Pobre "
por ir viajando aquí
no ves que estoy contento
no ves que estoy feliz...*

Los Prisioneros

Dedicatoria

Para una amiga...

Caro...este libro y esta aventura están dedicados a ti. Creo en tu luz y en tus sueños.

Eres una bella persona y una hermosa mujer.

Nunca es tarde para ir en busca de nuestros sueños perdidos. Tú me lo enseñaste con tu poesía y con tu amistad.

Hoy comparto mi verdad contigo. Tal como tú lo hiciste con tu poesía desnudando lo más hermoso de tu Alma.

Carolina Undurraga...Caro para mí, sigue luchando por tus sueños porque el Universo está hecho de sueños.



Prólogo

Te invito a soñar hoy .Cambiando tu mundo, creyendo en ti y buscando a quien amas.

El Universo es más hermoso de lo que creemos y puedes conquistar tus sueños, si te dejas llevar por la vida y perseveras en lo que deseas tarde o temprano lograrás convertir tus sueños en realidad.

Tal vez hoy, al viajar en este tren, tu realidad se transforme en un sueño...un bello sueño.



Índice

Primera Parte: Dos líneas. Dos viajeros que se buscan.

-Estación Central

-Llegada

-El Extraño

-La Propuesta

-Fin de la línea

-Amiga

-Mensaje

-La Duda

-Cosas Simples

-Devenires

-Valorar

-Sueños

-Despedida

-Respuesta

Segunda Parte: Una línea. Un corazón que habita en dos Almas.

-Vieja Amiga

-Refugio

-Magia

-Epílogo

-Toponimia

Primera Parte

Dos líneas, dos viajeros que se buscan.



Estación Central

La Estación Central de Ferrocarriles en Santiago estaba llena de gente. Faltaba poco para partir y me encontraba arriba del vagón esperando el sonido del silbato de la locomotora. Eran como las diez de la noche y mi mirada se perdía entre la multitud buscando a alguien desconocido. Finalmente el tren comenzó a moverse. Andrés se despidió de su novia mientras Marco y yo nos ubicamos en los asientos. Poco a poco la estación iba quedando atrás. El suave bamboleo del vagón nos mecía como un niño en la cuna y el rechinar de la línea parecían sutiles gritos de seres humanos.

-¡Marco! -dije.

-¿Qué?-respondió.

-Mira la mochila del Andrés. Está por caerse.

-No, no se va a caer.

-Está bien-respondí.

Por la ventana, un intenso olor ha quemado. Afuera, las hogueras hechas por algún niño travieso aparecían esporádicamente como diminutos infiernos. La gente, bajaba las cortinas de metal para protegerse de alguna piedra anónima pero yo no quería perderme ningún detalle del viaje.

El tren iba llegando a la periferia de la ciudad. Las últimas luces de las casas y del alumbrado público iban quedando atrás. Una cortina de oscuridad cayó afuera de la ventana y un claro cielo estrellado que en la ciudad es difícil ver se develó ante nuestros ojos.

La calma se rompió cuando pasó el vendedor de bebidas. Después lo hizo el de llaveros, corta uñas y cartas. A pesar de alejarnos del bullicio de la ciudad había cosas que no cambiaban.

-¿Comamos? -propuso Marco.

-Claro-dijo Andrés-. Yo traje sándwiches con pasta de pollo.

- Voy a sacar la bebida-dije.

-¿ Y los vasos? -preguntó Marco. Todos nos miramos, evidentemente otra vez se nos habían olvidado.

Llegamos a San Bernardo. Algo de gente subió y el tren reanudó su marcha. El ruido de algo al caer y un lamento llamó mi atención. Era la mochila del Andrés que le cayó de la parrilla al Marco. Pasamos por Buin, Linderos y Paine. Marco y yo fuimos a recorrer los otros vagones mientras Andrés se quedaba cuidando las mochilas.

Fuimos al extremo del vagón mientras un hombre de bigote y barba abundante abría la puerta. Una ráfaga de viento y sonido irrumpió el vagón. Al mirarnos, una fugaz sonrisa y nos pregunta:

-¿Es este el vagón "D"?

-No, este es el "C" -dijo Marco-. El próximo es el "D"

-Gracias-dijo mientras arrastraba su bolso.

La puerta lentamente se cierra atrás de nosotros. Entre medio de los vagones el tutum tutum parecen tambores africanos celebrando la llegada de la lluvia. En la penumbra una pareja nos queda mirando mientras se escuchan las carcajadas de cuatro hombres bebiendo cerveza.

-¿Tienen un cigarro? -pregunta uno de ellos mientras su hedor se esparcía en mi cara.

-No, no tengo-respondí.

-Yo no fumo-dijo Marco.

-Bueno, será para otra oportunidad-dijo mientras volvía a su animada conversación.

Llegamos al vagón contiguo. Marco le pegó un empujón a la puerta. El ensordecedor ruido queda afuera y fue reemplazado por un sonido lento y suave. Algunas personas nos miraron por un segundo y vuelven a su rutina: descascarar un huevo duro, vaciar café del termo a un vaso, sacar el chal del bolso, jugar cartas, comer pan con jamón, escuchar la radio a pilas, leer una historieta, etc.....Afuera todo está oscuro y hay que entretenerse como se pueda.

En el coche comedor las paredes y el cielo de madera barnizada le daban el debido toque de distinción. Las lámparas colgando a ambos lados del vagón iluminaban el humo del cigarrillo que se enroscaba y subía mientras los funcionarios del ferrocarril jugaban a las cartas y un matrimonio con su hijo tomaban una gaseosa. Marco y yo nos sentamos. El camarero es un hombre corpulento de unos cuarenta años. Le pedimos dos cafés. En el juego de cartas hablan del futuro de ferrocarriles, el posible cierre del tramo Temuco-

Puerto Montt y de como el Estado dejó en el más absoluto abandono a esta empresa que fue símbolo de progreso y orgullo para el país.

El café llega esparciendo su suave aroma. Marco y yo conversamos sobre el viaje y todos esos pequeños detalles que conviene discutir antes de llegar a destino. Luego pagamos los cafés y le dejamos una modesta propina al camarero.

Volvimos a nuestro vagón. Andrés miraba por la ventana y no se percató de nuestra llegada. Pasamos por Graneros y al cabo de un breve tiempo llegamos a Rancagua. El tren prosiguió su viaje. Entre la oscuridad se veían diversos cultivos y árboles frutales. También haciendas, carretas y las siluetas de las montañas. La gente ya dormía en sus casas mientras la luna comenzaba a salir dándole tonos dorados a los bordes de algunas nubes solitarias. El vagón "C" llevaba diversidad de gente: matrimonios, mochileros, comerciantes, turistas, etc. Cada uno con destino diferente. Los comerciantes llevaban ropa embalada en grandes sacos de plásticos que pusieron en medio de los asientos para poder dormir; una pareja de ancianos se cubría con un chal y bebía café; dos muchachos alemanes repasaban un diccionario de español y nosotros comenzamos un ameno juego de cartas cuando llegamos a la ciudad de San Fernando con sus casas llenas de antenas.

Al llegar a Curicó Marco nos había dado una paliza en las cartas. Andrés trató de levantarse el ánimo comprando "Tortas de Curicó" y la derrota se le olvidó rápidamente. Pasamos por Molina y Marco sacó el infaltable maní salado. Después de un tiempo que se hizo eterno cruzamos por arriba de un paso bajo nivel y llegamos a Talca. La estación era techada y algunos pasajeros bajaron a comprar cigarros y revistas en un quiosco. Yo quería comprar un "Campeón" (helado de leche mitad de chocolate y vainilla) Mi mirada escudriño todo el andén pero no encontró ningún vendedor. Eran las dos de la madrugada.

La bocina de la locomotora se escuchó como el grito de un coloso y el tren partió. Andrés y Marco se acomodaron como pudieron para dormir y yo me quedé mirando por la ventana recordando otros viajes hechos en mi infancia. En aquel tiempo el viaje en tren gozaba de una magia que solo aquellos ojos inocentes podían atrapar. Al crecer vamos perdiendo esa capacidad y nuestra mente clasifica todo lo que vemos. Un árbol ya no nos puede hablar y es un producto para el mercado. Nuestros ojos pierden el brillo que reflejaba el Universo.

Llegamos a Linares y el tren se detuvo. Andrés despierta y pregunta:

-¿Dónde estamos?

-En Linares- le respondo.

-Ah-dijo, mientras nuevamente se quedaba dormido.

Afuera una voz dice por los parlantes: "Tren procedente del terminal Alameda con destino a Puerto Montt sale por el andén número uno. Señor maquinista, señor conductor, sírvase a partir" En el andén los inspectores mueven las linternas en un lenguaje secreto que solo ellos conocen y un estremecimiento recorre todo el tren. De manera imperceptible el vagón se mueve como un cisne emprendiendo vuelo en un estanque. Después de un tiempo cruzamos un puente y pasamos por Longaví. Finalmente mis pensamientos se esfuman y el sueño doblaba mis párpados.

Llegada

El tren poco a poco se detuvo en la Estación Central. La gente con sus bolsos en la mano se preparaba para bajar. Lentamente fui avanzando por el pasillo hasta llegar a la puerta del vagón. Abajo, me esperaba mi novio Felipe. Nos saludamos cariñosamente y me ayudó con el bolso. El andén se encontraba repleto de gente y tres mochileros pasaron por nuestro lado casi votando a mi novio.

-Vamos Lucero-dijo Felipe-. Tu tía nos espera a almorzar.

-Seguramente debe estar impaciente.

Salimos a la Alameda. Afuera el calor habitual de Santiago durante el verano. Subimos a un taxi que se fue en dirección al centro. Doblamos en Cuming y después en Erasmo Escala y llegamos al barrio de Concha y Toro. Felipe le pagó al conductor mientras yo tocaba el timbre. Una seguidilla de pasos y la puerta se abrió.

-¡Hola Sobrina! -dijo tía Carlota mientras me abrazaba-. Tanto tiempo sin verte.

-¿Cómo estás?-le pregunté- Mamá envió muchos saludos.

-¿Y se acordó del mazapán? -preguntó interesada.

-Sí, y de otras cosas.

-Que bien. Adelante, pasen.

Felipe y yo entramos. En el comedor la mesa estaba servida. Subí a la pieza de huéspedes, me cambié de zapatos y bajé a almorzar. Mi tía se encontraba exultante con mi visita. Hacía un año que dejé su casa después de haber terminado la universidad y aún me extrañaba. Felipe también estaba contento de verme. A él lo había conocido el primer año en la facultad de artes y luego de tres años de amistad decidimos estar juntos como pareja. Dos meses sin vernos parecía un tiempo prolongado para nosotros.

Después del almuerzo Felipe se fue a su casa sin antes acordar que mañana visitaríamos el museo. Subí a mi antigua pieza, ordené mi ropa, tomé un baño y luego a descansar.

Desperté avanzada la tarde. Me asomé al balcón. El cielo se encontraba oscuro pero aún estaba caluroso. Bajé al comedor y tía Carlota preparaba unos deliciosos pan queques con merengue.

-¿Cómo dormiste?-preguntó.

-Bien. Estaba muy agotada.

-Claro. El viaje ha sido muy largo.

-Así es. ¿A qué hora llega tío Pedro?

-Pronto-respondió mientras daba la vuelta a un pan queques-, se alegrará de verte. Con mi tía preparamos la once. El timbre sonó y fui a abrir la puerta.

-¡Hola mi sobrina preferida!-dijo tío Pedro rodeándome con sus enormes brazos.

-Hola tío.

-Estás muy delgada-dijo seriamente-. Tu madre no te alimenta. ¡Carlota, dale de comer a esta niña o sino desaparecerá!

-Son ideas tuyas-dije justificándome-. Lo que ocurre es que no como lo mismo que tú.

-Ah, no me vengas con esas cosas. Pareces un conejo comiendo hierbas y frutas. Mientras estés en mi casa comerás bien.

-Eres un glotón. ¿Qué va hacer contigo mi tía?

-Bueno, ella ya se acostumbró a mis mañas. Ah, veo que hiciste pan queques. Mi manjar preferido. A ver, a ver...

-Ni se te ocurra ponerles una mano-dijo mi tía-. Mejor anda a lavártelas para comer. Durante la once mi tío se aseguró de que me alimentara. Después, prendimos la televisión para ver las noticias que de manera premeditada mostraban lo por de nuestro mundo. Cansada de tantas tragedias les di las buenas noches a mis tíos y me puse a leer. Las doce de la noche llegaron con el sonido del viejo reloj del comedor y me quedé dormida.

El Extraño

Una leve sacudida en uno de mis hombros me despertó. Era Marco quién había interrumpido mi sueño.

-¿En dónde vamos? -le pregunté.

-En Chillán-respondió-. Tomemos un café.

En la estación algunos hombres con termo en mano ofrecían café y sándwiches. Al abrir la ventana el aire gélido me despertó por completo.

-¡Un café! .gritó Marco mientras el vapor de su boca giraba y se disipaba en el aire.

-¿Un café señor? -preguntó un joven de chaqueta negra y gorro de lana.

-Me da tres cafés y tres sándwiches.

-Tengo queso, jamón y aliado.

-Los tres de queso por favor-dijo Marco.

-Aquí tiene, ¿adónde van?-nos preguntó mientras Marco nos pagaba.

-A Puerto Montt-respondí.

-Ah, les queda mucho todavía. Que les vaya bien.

Eran como las cinco de la madrugada y el cielo estaba nublado. La gente en el vagón se despabilaba y se reubicaba en el espacio y tiempo presente. Dejamos Chillán. En la cordillera todavía se escondía el Sol mientras los bosques de pino radiata aparecieron como forasteros dentro del paisaje sureño. Después de un buen tiempo llegamos a Yumbel. El crepúsculo iniciaba su sinfonía de colores y un extraño olor comenzó a colarse por las ranuras del marco de la ventana. ¿Cómo describir ese aroma? Lo más cercano que vino en ese momento a mi mente fue una bandeja de huevos añejos o podridos. Algo difícil de pasar por alto. Afuera, la fábrica de celulosa expulsaba humo al cielo como una enorme criatura de acero y cemento.

Un grupo de casas a la orilla de la línea férrea era el pueblo de San Rosendo. En ese lugar la línea se dividía en dos y un ramal iba a la ciudad de Concepción. El tren se detuvo y bajaron algunas familias y hombres solitarios.

Comenzamos a movernos. Cruzamos el río Laja que en esa parte desembocaba en el río Bío-Bío antiguo límite entre españoles y mapuches durante la conquista. La línea del ferrocarril bordeaba el río que en algunos tramos tenía varios metros de ancho. El Sol finalmente apareció y sus rayos transformaron el agua en un ser con piel propia que se arrastraba lentamente a su hogar en el mar. Dejamos el río atrás. El vendedor de desayunos tuvo una buena clientela que deseaba reponerse de la intranquila noche de viaje.

-Tomemos desayuno-dijo Marco.

-¿Quedan sándwiches?-pregunté.

-Sí-respondió Andrés.

-Excelente-dije-. Voy a buscar las galletas.

El desayuno fue vigorizante. El mapa decía que pronto llegaríamos a Renaico pero aún faltaba mucho para Puerto Montt. El bosque nativo comenzó a aparecer como el legítimo dueño del sur. Su belleza no se comparaba con los efímeros bosques de pino que ahora dominaban todo el paisaje. Renaico fue un breve pestañeo. Algunos nimbos paseaban en el cielo mientras que junto a la línea férrea vi pasar una menuda animita. La animita es un edículo construido donde fallece una persona. Los deudos por lo general le prenden velas y le dejan flores. También le piden algunos favores. Las animitas que se reparten a lo largo de la línea son fiel reflejo de esta costumbre. El tren a veces se transforma en muerte. Nadie lo escucha hasta que está tocándonos el hombro. No sabemos si viene por nuestra diestra o siniestra. Tampoco el momento de su llegada. Cuando se va todo queda en silencio. Lo único que cambia es que ya no lo vemos alejarse en el horizonte. Nos alejamos con él.

El tren se detuvo en el pequeño pueblo de Collipulli. Lugar donde el ferrocarril al sur tuvo el mayor de sus desafíos; la quebrada del Malleco. Reanudamos la marcha. Un poco más allá el tren comenzó a pasar por el puente conocido como el Viaducto del Malleco. El puente, construido en 1890 es el más alto del país con 97,5 metros de alto y 347 metros de largo fue una gran obra de ingeniería para la época.

Como en un sueño infantil el tren se suspendió en el aire mientras el silbido del viento se filtraba por la ventana. La ilusión dura poco más de un minuto y volvemos a aterrizar en la realidad.

Continuamos internándonos en la región de la Araucanía. Paulatinamente los bosques de pino son sustituidos por lomas interminables donde las vacas pastorean; un

campesino maneja su tractor; las bandurrias emprenden el vuelo y los niños saludan el paso del tren. Cruzamos Victoria, Perquenco y Lautaro. El río Cautín aparece al este y más al fondo la silueta del volcán Llaima. Después de algunos minutos vemos el Cerro Ñielol en donde antiguamente los mapuches celebraban sus reuniones. Ahora, símbolo de la ciudad de Temuco.

-¡Parada por quince minutos! -dijo el inspector del tren.

-¿Bajemos?-pregunté a los muchachos.

-Voy a llamar a mi novia-dijo Andrés.

-Bajen ustedes-dijo Marco-. Aprovechen y me traen unos chocolates.

El tren se detuvo. Andrés y yo bajamos y la gente desbordaba la estación. En un quiosco compré los chocolates de Marco mientras Andrés llamaba por teléfono. Luego fuimos a mirar como cambiaban la locomotora eléctrica por una a petróleo debido a que en determinado punto del trayecto se termina el tendido eléctrico.

Caminamos de regreso al vagón. Para nuestra sorpresa el tren se había acortado ya que desengancharon dos vagones. Marco recibió ansioso los chocolates y no perdió tiempo en comerse uno. Pasaron algunos minutos y comenzamos a movernos. Temuco, ciudad golpeada por el viento y la lluvia fue quedando atrás.

En el vagón la gente miraba el botín de su compra turística: ceniceros, lapiceros, pequeñas lanzas, cultrunes, llaveros, etc.... Pasamos por sobre el río Cautín observando el verde intenso del agua. Mi ánimo era el mejor y el paisaje me transmitía energía como si todo lo que veía estuviera dentro de mí y uno dentro de todas las cosas.

El tren continuaba su peregrinar por esta tierra llena de historia. Pasamos Freire y cruzamos el río Toltén. Luego llegamos a Gorbea y después todo se oscureció al entrar en un túnel. El tronar de rieles, durmientes, vagón, locomotora y personas creaba una extraña percepción en mi mente. La oscuridad no fijaba límites entre las cosas. No creaba rostros, manos, sonrisas, ropa, tren ni nada. La luz nos hace percibir el mundo tal cual creemos que es.

Luego de un tiempo llegamos a Loncoche. Aquí el tren se fue bordeando el río Cruces que era un manto de verde esmeralda. Cruzamos Lanco, Mariquina y llegamos a Mafil. El silencio de la estación era roto por el trote de un caballo y el jinete que gritaba: "Caserita, don Lalo le ofrece las mejores sandías. Lleve dos por mil " Reanudamos la marcha. Un perro comenzó a correr y a ladrarle al tren. Un poco más allá desistió de su idea.

La vegetación se fue apropiando de la línea férrea. Estábamos ya en la región de Los Lagos y último tramo de viaje. Cruzamos el río Calle Calle, enfilamos al Oeste y nos detuvimos en la estación de Antilhue. Muchas mujeres y niños que llevaban canastos de mimbre ofrecían pan amasado, manzanas, chupones y piñones (fruto de la araucaria chilena) Así como el tren a veces es la muerte también es la vida. Muchos pueblos viven de las ventas a los viajeros. Es su único medio para movilizarse y conectarse con el resto del país. El tren es el cordón umbilical que tienen algunos pueblos del sur como Antilhue.

Con los muchachos salimos a estirar un poco las piernas.- Andrés y yo examinamos la locomotora pintada de anaranjado con una franja azul y unas letras que decían: "F del E" (Ferrocarriles del estado) El conductor era de unos cincuenta años, corpulento, chaleco azul y blue-jeans limpiaba con un viejo trapo el parabrisas mientras el maquinista un poco más joven, delgado, camisa celeste y pantalón gris revisaba un tablero lleno de botones.

-Todavía falta mucho-dijo Andrés.

-Sí-dije-. A este paso llegaremos como a las doce de la noche.

-¿Viste a Marco?

-No, no lo he visto.

-Miramos por los alrededores. A lo lejos, Marco conversaba con un joven que llevaba una mochila. Los dos comenzaron a caminar hacia nosotros. El joven era delgado, de cabeza rapada, pantalón corto y chaqueta azul. Marco lo presentó.

-Amigos, él es Pablo. Viene de Valdivia y va a Puerto Montt. Le dije que podía acompañarnos.

-Mucho gusto-dijo mientras nos daba la mano-. Voy de mochileo al sur.

-¿Solo?-le pregunté.

-Sí, mis amigos son muy cómodos. Prefieren viajar en auto y alojarse en hospederías.

-Ah-dijo Andrés.

-Yo prefiero la aventura que siempre se sabe donde empieza pero nunca donde termina.

-Vamos a dejar tu mochila al vagón-le dijo Marco.

-Claro, esta mochila ya pesa bastante.

Marco lo acompañó mientras retiraban los dos últimos vagones y los enganchaban a otra locomotora que iba a Valdivia. Luego, el tren lentamente se fue alejando por el oeste.

Nuestro tren estuvo detenido largo tiempo en la estación. En el campo una suave brisa movía las hojas de los árboles y se mezclaba con el aroma de la hierba formando un agradable perfume silvestre mientras las aves componían una hermosa melodía que atrapaba el momento. Aquel instante, se diluyó abruptamente cuando el tren proveniente del sur irrumpió en la estación.

Subí al vagón. Me conseguí una radio y puse un casete de rock del grupo local "Los Prisioneros" Cuando interpretaban un tema llamado "Tren al Sur " el vendedor de bebidas dijo que era el himno de ferrocarriles lo que nos hizo mucha gracia.

Eran como las seis de la tarde. La locomotora anunció su partida con un bocinazo y comenzó a moverse. El otro tren quedaba atrás junto con Antihue y los vendedores de Pehuen.

La Propuesta

Después del desayuno Felipe y yo visitamos el Museo de Bellas Artes. La entrada era liberada pero poca gente recorría las exposiciones.

-¿Cuéntame más detalles sobre tu primera exposición?-me pidió.

-Me fue muy bien. Tuve una buena crítica y surgieron algunos proyectos.

-Me alegro-dijo.

-Sí, tal vez uno de esos proyectos se realice aquí en Santiago.

- Me gustaría que así fuera para que pasáramos más tiempo juntos-dijo entusiasmado-. Eso de que tú estés en Valdivia y yo aquí es un problema.

-Bueno, esperemos que todo salga bien. Y tú, ¿cómo está el trabajo en la revista?

-Bien, mis fotografías le gustan al editor aunque el sueldo es poco.

-Felipe, es así como se empieza. Mañana aparecerá algo mejor.

-Tienes razón-dijo-. Debo ser paciente.

En el museo había exposiciones de pinturas, esculturas y fotografías. Las personas interpretaban de manera distinta lo que trataba de decir el artista. Yo, ocupaba como tema los sueños y solo, cuando los plasmaba en el lienzo adquirían sentido y podía transmitir algo de mí a las demás personas.

Luego de una hora recorriendo los salones nos sentamos a charlar en una de las escaleras del museo.

-¿Qué te parecieron las exposiciones?-me preguntó Felipe.

-La del subterráneo estaba interesante. Las pinturas con sus líneas y colores formaban una bella combinación. Además la música de fondo creaba una atmósfera especial que expandía la imaginación y...

-A mi me gustó la de fotografía-dijo interrumpiéndome-. Los cuerpos desnudos enfocados desde diferentes ángulos expresaban toda su belleza.

Felipe y yo éramos tan distintos que nuestra relación me llenaba de dudas. Teníamos en común muy pocas cosas como las exposiciones, los amigos y un grupo musical. A pesar de que a él lo apasionaba la fotografía y yo trataba de comprenderlo él a veces parecía que no me escuchaba. Yo lo amaba, pero el paso del tiempo había generado pequeñas grietas en nuestra relación.

Nuestro recorrido llegó a su fin y Felipe me invitó a tomar una bebida a un restaurante. El, muy serio y sin rodeos dijo:

-Lucero, quiero proponerte algo.

-¿Qué cosa?-pregunté intrigada.

-Lo he pensado desde hace algún tiempo-dijo mientras tomaba mi mano-. Quiero que te vengas a vivir conmigo.

-¿Cómo?-pregunté sorprendida.

-Es tiempo de que formalicemos nuestra relación. ¿No crees?

-Pero Felipe, tu sabes que vivo con mi madre. Ella me tiene solo a mí.

-Claro que lo sé, pero ya ha pasado un año de esta situación y es tiempo de que vivamos juntos-dijo insistentemente.

-Me has sorprendido, no sé que responderte.

-Di que sí.

-Dame un tiempo para pensarlo. Además, ¿de qué manera nos mantendremos?

-Con mi sueldo y lo que ganes tú.

-Tendremos que arrendar una casa-dije.

-Sí, puede ser una opción. La otra es vivir en la casa de mis padres.

-Espera-dije molesta-. No es justo que tu familia cargue con nosotros.

-¿Tienes algo en contra de mis padres?-me espetó.

-No, nada. Pero lo justo es lo justo.

-Ellos no tienen ningún problema.

-¡¿Qué?!, ¿ya conversaste con ellos?

-Sí.

-Felipe...acordamos que cualquier decisión la tomaríamos juntos. ¿Lo recuerdas?

-Por supuesto que lo recuerdo. Pero tú no estabas aquí-dijo justificándose.

-Pero existe el teléfono-dije furiosa mientras el camarero me miraba preocupado.

-Lucero, discúlpame-dijo Felipe tratando de apagar el incendio-. Tú me conoces, a veces soy impulsivo.

-Debes controlarte o sino tus impulsos nos llevarán al desastre.

-Bueno, ya lo hice.

-Está bien, pero dame tiempo para pensarlo.

Durante el día reflexioné sobre la propuesta de Felipe. Lo que dijo era cierto. Llevábamos un buen tiempo juntos y era momento de formalizar nuestra relación. La razón hubiera dicho que sí, que amaba a Felipe y que él también me amaba. El tenía un trabajo, sus padres gozaban de una buena situación económica y nos ayudarían en los momentos difíciles. En definitiva era como diría la gente un buen partido; sin embargo, algo dentro de mí me decía que tal vez Felipe no era la respuesta a mi felicidad. Tenía defectos como todas las personas. Defectos que ponían a prueba mi paciencia. Yo tampoco era la perfección misma. A veces tenía un pésimo carácter que alejaba a los que amaba. Mi corazón tenía dudas y eso me aterrorizaba. ¿Cómo saber con quién ser feliz? Más de cuatro años justificaban una buena relación. Ahora, era el momento de dar el gran paso: vivir juntos, el matrimonio y los hijos. Así, un día despertaría con cincuenta años y descubriría que no hice de mi vida lo que quería hacer. Demasiado tarde para arrepentirse.

Durante varios días pensé en Felipe y yo. El, a veces venía a verme para presionarme a darle una respuesta pero yo le decía que necesitaba tiempo. Llegó a ser tan insistente que me fastidió. Dijo que me entendía y que volvería a verme en algunos días los que aproveché para realizar bosquejos y dibujos. También traté de ubicar a mi amiga Cecilia pero se encontraba de vacaciones en el norte. Mi tía, preocupada, me decía que la acompañara unos días a la playa pero yo no tenía ánimo de nada.

Poco a poco mi pieza se fue transformando en la proyección de mi caos interior. En realidad, el fastidio que sentía no era en contra de Felipe sino de mí. Ya no tenía claro lo que sentía por él. Trataba de remitirme a ese primer beso pero la verdad era que Felipe era el mismo y yo había cambiado sin darme cuenta pasado los años.

Un día, molesta porque no lograba un dibujo lo arrugué y lo lancé furiosamente a la pared. Después, al ir a recogerlo comprendí que necesitaba distraerme, que solamente yo podía sacarme de esa situación y encontrar la respuesta a mis dudas.

Fin de la línea

-Esto es de verdad hermoso-dijo Marco con la cabeza afuera de la ventana mientras tomaba fotografías.

-Claro-dijo Pablo-. Mira los colores del agua.

Los dos tenían mucha razón porque el río Calle Calle parecía no ser real. Era como si una parte del bosque súbitamente se hubiese trocado en agua reflejando lo profundo de su belleza. Una droga para la imaginación y un remedio para la mente.

Al cabo de un tiempo dejamos el río atrás y llegamos a la ciudad de Los Lagos. Luego pasamos por Paillaco y La Unión y cruzamos el río Bueno. Al oeste los colores del crepúsculo incendiaban sin piedad el horizonte.

Llegamos de noche a la ciudad de Osorno. El humo de las chimeneas se enroscaba y se esparcía cubriendo con hollín las techumbres de las casas. Era el momento de llegar al hogar, golpear la puerta, saludar a los seres queridos y sentarse en el viejo sillón. En la cocina la tetera hierve y es hora de tomar once. La palabra es hogar. El viaje no sería lo mismo sin un lugar que extrañar. Sin seres queridos para volver a saludar.

El tren continuó su viaje. Pasamos por río Negro y Purranque. En la cordillera la luna nos mostraba un rostro plateado lleno de arrugas y nos detuvimos en Frutillar Alto.

-¿Puuedam decirrme ssi ess Puerrto Varras?-nos preguntó uno de los alemanes con su diccionario en la mano.

-No, es Frutillar-le respondió Andrés.

-¿Cuanta falta parra llegarr?

-Solo dos estaciones-dijo Marco señalando con los dedos-. Nosotros les avisamos.

-Gracias muchachass-dijo mientras pensaba que las barreras idiomáticas no eran obstáculos para poder ayudarnos.

Comenzamos a bordear el lago Llanquihue que reflejaba el brillo titilante de la Luna. Marco y yo fuimos a una de las puertas del vagón para disfrutar el aire fresco venido del lago. Pasamos Llanquihue y el volcán Osorno se abría como una sombrilla japonesa al cielo. Cruzamos el desagüe del lago y avisamos a los alemanes que la próxima estación era Puerto Varas. Ellos nos agradecieron y se alistaron para bajarse. El tren bajó su velocidad mientras que en la cima de un cerro una solitaria cruz brillaba como un faro. Nos detuvimos en la estación. En el andén el sonido de pasos y el acarrear de bolsos y maletas mientras en la lejanía casi podía escuchar el oleaje del lago. Eran las doce de la noche. La próxima detención y última era Puerto Montt.

Reanudamos la marcha. La gente bajaba las cosas de la parrilla. Los comerciantes sus sacos. El matrimonio de edad sus bolsos y nosotros las mochilas. Repentinamente el tren se detuvo. Afuera, las luces de las linternas cerca de la locomotora fue lo único extraño que pudimos ver. Luego de algunos minutos el tren comenzó a moverse perezosamente. En el oeste un banco de nubes reflejaba la luz tenue de la luna.

El tren con sus últimos alaridos de cansancio doblaba al oeste. El mar de ondulante oscuridad apareció como una singularidad después de observar ríos y bosques. Habíamos llegado al Seno de Reloncaví y al Océano Pacífico. También a los últimos metros de la línea del tren al sur. Los primeros barcos aparecieron en la bahía de Puerto Montt y finalmente llegamos a la ciudad. Los durmientes se multiplicaron por montones y viejos vagones de carga estaban como un niño desamparado esperando quien los viniera a buscar. La pequeña estación nos esperaba. También la gente que venía a buscar sus familiares. El tren hizo su última detención... ¡Habíamos llegado a Puerto Montt!

Comenzamos a bajar del vagón. Eran como las doce y media y la gente poco a poco abandonaba el andén. Era muy tarde para conseguir alojamiento y junto con los comerciantes conversamos con el guardia para quedarnos en la estación. El accedió y fuimos a sentarnos a una banca. Luego me media hora se apagaron las luces de la sala de espera mientras el tren emprendía un nuevo viaje.

Estiramos nuestros sacos de dormir y comimos algo. Después, nos acostamos para dormir. A lo lejos, todavía escuchaba el sonido de la Magia del tren... ¡Magia!

Amiga

Por la mañana los rayos del Sol se filtraban entre los pliegues de la cortina quebrantando la oscuridad de mi pieza. En la calle, un zorzal encantaba la llegada del nuevo día. Eran como las diez de la mañana del día sábado.

Durante la tarde salí al centro de la ciudad para realizar algunos dibujos. El calor elevaba el termómetro sobre los treinta grados. La gente se amparaba debajo de los pocos árboles para protegerse del abrasador Sol. Ni una brisa fresca. Ni una nube en el cielo. Solo la sombra de los edificios.

En el parque forestal una buena cantidad de niños se divertía en los columpios y balancines. Algunos sin saberlo fueron modelos para mis bosquejos. Luego recorrí algunas calles céntricas hasta llegar a la plaza de armas. En ese lugar un anciano le daba de comer a las palomas, un niño jugaba con su globo, una mujer se retrataba, un hombre sermoneaba a los pecadores y los turistas tomaban fotografías.

Adentro de la catedral el ruido de la plaza fue reemplazado por un silencio espiritual mientras las estatuas de los santos vigilaban a los cuatro vientos la presencia del mal. Aquel silencio calmó mis preocupaciones y salí de la iglesia un poco más relajada.

-¡Lucero!

Al mirar, me encontré un rostro conocido de alguna parte pero no recordaba de adonde.

-Soy Javiera, ¿me recuerdas?

Inmediatamente recordé aquel rostro y una serie de imágenes fueron apareciendo en mi mente como un álbum de fotografías. Javiera era una antigua amiga del liceo en Valdivia. Ella, tubo que venirse a Santiago un año antes de terminar la enseñanza media debido a que su familia decidió buscar mejores expectativas económicas.

-Hola Javiera, tanto tiempo-dije al abrazarla y sentir el aroma de aquella amiga olvidada.

-Como has cambiado...digo como ha cambiado tu peinado.

-Sí-dije, recordando lo distinto que usaba el cabello en aquellos años.

-¿Cómo estás?-preguntó.

-Bien, estoy de visita.

-Lo que son las cosas, quien pensaría que te iba a encontrar en este mar de gente-dijo emocionada-. Vamos a tomar un helado. Yo invito.

Javiera y yo conversamos del rumbo que tomaron nuestras vidas. Ella, después de terminar el liceo estudió guitarra clásica. La situación de su familia mejoró y le permitió continuar sus estudios. Ahora tocaba en bares y cafés nocturnos. Su sueño era grabar un disco y hacerse popular. Yo, le conté de mis años en la universidad, de Felipe y la muerte de mi padre. Ella aún lo recordaba y se entristeció al saber que el tío Manuel como le decía había fallecido. A pesar del tiempo transcurrido aún confiábamos a una en la otra. Esa vieja amistad había perpetuado en el tiempo.

Mi amiga me invitó para que la fuera a ver y escuchar en la noche. Ella, tocaría en un bar ubicado en el barrio Bohemio de bellavista. La idea me gustó y me dijo que podía invitar a Felipe. También me dio el número de teléfono de su casa y yo, el de mi tía. Nos despedimos y me fui pensando en lo extraño que son las cosas. Tantos años viviendo las dos en Santiago y no nos habíamos encontrado. Misteriosamente el Universo nos había vuelto a juntar.

Durante el resto de la tarde no pude ubicar a Felipe. El, había salido a ver un amigo. De todas maneras me arreglé un poco mientras le explicaba a mi tía lo acontecido con Javiera y su invitación.

-Lucero, debes ir acompañada-dijo preocupada.

-No te preocupes.

-Las mujeres no van solas a esos lugares.

-Tía, los tiempos han cambiado. Además va a estar Javiera.

-Bueno; que más puedo decir. Tienes el mismo carácter de mi hermana.

-Llamaré más tarde. Adiós.

Eran como las once de la noche cuando salí a la calle. Hice parar un taxi. Le di las indicaciones al conductor y partimos. Al cabo de diez minutos estábamos en la entrada del bar. Adentro, un intenso olor a tabaco mientras se escuchaba el suave sonido del piano ubicado al lado de un modesto escenario. En la barra, los vasos de cerveza iban a las mesas incesantemente. Un camarero se acercó para atenderme.

-¿Es usted Lucero?

-Sí, soy yo-respondí sorprendida.

-Javier dijo que le reservara una mesa. Adelante.

Seguí al camarero. Justo al lado del piano una mesa con tres asientos estaba desocupada. Me senté. El hombre del piano me miró sonriendo fugazmente. Pedí un combinado. Un grupo de jóvenes reía desmesuradamente batiendo las copas. El camarero volvió con mi orden y fue atender otra mesa. El piano se acalló. Las luces fueron bajando su intensidad mientras un hombre aparecía en el escenario. El micrófono emitió un leve zumbido que puso en alerta al público.

-Buenas noches amigos-dijo con voz profunda-. ¿Cómo están?

-Bieeen...

-¿Quieren pasarlo aún más bien?

-Siii...

-Bueno, lo que viene a continuación es nuestra estrella de la noche. Lleva un mes trabajando en este bar y ya todos la conocen. Demos la bienvenida a Javiera Rojas y su grupo.

-¡ Bravo!

El telón se abrió. Javiera apareció con pantalones y chaqueta negros mientras se acomodaba la guitarra eléctrica. Otro guitarrista y un baterista la acompañaban.

-¡Hola amigos! -dijo-. ¿Qué tal? El tema que voy a tocar está dedicado a una amiga muy especial que se encuentra esta noche. Uno, dos, tres...

Las guitarras comenzaron a sonar junto con la batería. La letra de la canción hablaba sobre una persona que buscaba su amor perdido. El ritmo y la letra se acompañaban muy bien. Javiera dominaba con maestría la guitarra y los demás del grupo no lo hacían nada de mal. Mi amiga parecía ser otra arriba del escenario. Luego de esa canción la siguieron dos más: "Aprendiendo" y "Sueños" A pedido del público cantaron una extra llamada "La Revolución Silenciosa" El show terminó bajo un estruendo de aplausos y gritos. Las luces aumentaron su intensidad y volvió el hombre del piano. Luego de cinco minutos Javiera llegó a mi mesa.

-¡Hola amiga!-dijo alegre de verme-. ¿Te gustó la presentación?

-Sí, estuvo espectacular.

-Te presentó a los de la banda. El es Hugo, guitarrista, y el es mi novio Aldo, baterista.

-Javiera nos ha hablado mucho de ti-dijo Aldo-. Eres su vieja amiga del liceo.

-No tan vieja-dije mientras el camarero traía otra silla.

Conversamos sobre el pasado de mi amiga, la pintura y el futuro de la banda. En una pared, el reloj ya indicaba la una de la madrugada y mi tía de seguro estaría preocupada. Javiera se dio cuenta de mi inquietud y me dijo que llamara desde el teléfono del bar. Hablé con mi tía y le dije que mi amiga me llevaría a casa lo que la tranquilizó.

Salimos del bar. Hugo fue a buscar su auto y lo estacionó a nuestro lado. Era un modelo escarabajo de color rojo. Subimos y al cabo de un tiempo llegamos a casa de mi tía. Nos despedimos. En el comedor la luz estaba encendida. Junto al teléfono una nota que decía que había llamado Felipe.

Mensaje

El sonido de unas llaves me despertó. Era el guardia abriendo la puerta de la estación. La mañana llegó inevitablemente junto con el aire marino del puerto. Yo era el único despierto y le tiré un bototo por la cabeza al Andrés.

-¿Quién fue?!-preguntó. Nadie respondió pero su grito sirvió para despertar a los demás.

La estación de trenes se componía de unos cuantos negocios y agencias de viaje que exhibían en sus vitrinas toda clase de ofertas: "Viaje a Castro a ver los palafitos" , "Visite los Saltos del Petrohue", "Recorra la carretera austral" y "Navegue en trasbordador hasta Chaitén"

Desayunamos, armamos las mochilas y nos despedimos del guardia. Caminamos por la costanera. En la orilla del mar el oleaje jugaba con una extraviada pelota y la isla Tenglo destacaba en la bahía como la silueta de un elefante verde recostado. La ciudad se dividía en dos partes: una plana, ubicada a la orilla del mar en donde estaba el puerto, el terminal de buses y la estación de ferrocarriles. Y, otra inclinada en que las casas en su mayoría de madera se abrían en un abanico por los cerros colindantes mientras las calles bajaban y subían de manera desordenada.

Descansamos en la plaza central. Algunos turistas nos observaban como una atracción más de su tour.

-¿Adónde vamos?-preguntó Andrés mientras sacaba el mapa.

-A la isla de Chiloé-propuso Marco-. Vamos a Cucao.

-¿Por qué mejor a los Saltos del Petrohue?-nos preguntó Pablo.

-Claro-dije-. He visto algunas fotografías y el lugar parece muy hermoso.

-Vamos -dijo Marco-.Pero parece que el tiempo no nos acompañará. Miren esa nube negra que viene ahí.

-Bueno, ya lo hemos decidido-dijo Andrés-. Antes, vamos al supermercado a comprar mercadería-terminó de decir cuando un repentino viento se llevó el mapa.

Luego de comprar comenzamos a caminar. El cielo definitivamente se había oscurecido de manera alarmante. Subimos una pronunciada avenida desde donde se podía ver el puerto y sus enormes grúas. En una esquina una chocolatería ofrecía sus delicias. Marco compró algunos chocolates que duraron hasta llegar a la carretera. En el pavimento los vehículos eran una interminable caravana trasladando toda clase de carga.

Comenzamos a hacer dedo. Una camioneta se detuvo y nos llevó. Salimos de Puerto Montt cuando algunas gotas caían esporádicamente. Hacia el este el volcán Calbuco parecía un trozo de tierra derretida bañada en nieve. Después de algunos kilómetros llegamos a un cruce. La camioneta giró al este y empezó a descender hacia Puerto Varas. Cruzamos la línea férrea. Luego bajamos del vehículo y caminamos al centro de la ciudad.

Las gotas de agua se transformaron en una intermitente llovizna. Llegamos a la plaza central. Algunas personas transitaban amparadas por sus paraguas mientras el viento doblegaba la copa de los árboles. Dejamos las mochilas en una banca y comimos unos sándwiches. Luego salimos a recorrer la ciudad. En el muelle el lago Llanquihue se extendía como un inmenso espejo de agua hasta las faldas del volcán Osorno y las nubes comenzaron a disiparse permitiendo la ocasional aparición de los rayos del Sol. Algunos niños con sus padres probaban la pesca de mediodía y otros navegaban en pequeños botes cerca de la orilla.

Después de admirar el paisaje caminamos rumbo al Sur bordeando el lago. Llegamos a las afueras de la ciudad. El Sol aparecía esporádicamente evaporando el agua de las calles. Una camioneta se detuvo y nos acomodamos atrás entre cajas de herramientas, listones y cuerdas. Al cabo de unos minutos nos detuvimos. Bebimos agua de la cantimplora y empezamos a caminar mientras en la superficie del lago se reflejaban distintos tonos de azul. Marco y Andrés se adelantaron mientras Pablo y yo conversábamos.

-Estos parajes son muy hermosos-dijo.

-Yo también lo creo-dije mientras un bus pasaba.

-Tengo una idea...¿te gustaría escucharla?

-Claro-aseñé.

-Cuando miro estos paisajes mi cuerpo y mi mente se relajan. Es como si la naturaleza se conectara con mi interior entregándome una energía renovadora. ¿Piensas lo mismo?

-Tal vez. Algo parecido me ocurrió en el tren. Las cosas que veía me transmitían

sensaciones; sin embargo algo más allá de la imagen era lo que me hablaba.

-Es verdad-dijo-. Al mirar este lugar lleno de naturaleza pienso que algo, como dices, desea transmitirme un mensaje que no es hablado ni escrito. Palabras que emanan de lo profundo de la tierra y se transforman en aves, lagos, árboles, en fin...naturaleza y también personas. Frases que se componen al relacionarnos unos con otros como palabras de un infinito diccionario que se extiende por cada rincón del Universo.

Las palabras de Pablo terminaron cuando un camión se detuvo para llevarnos. Andrés y Marco nos ayudaron a subir. Eran como las cuatro de la tarde. Luego de un tiempo nos detuvimos en un retén de carabineros en río Pescado. Nos bajamos y cruzamos el río. Abajo del puente el agua impactaba contra las rocas provocando un enorme estruendo.

Las nubes, habían disminuido considerablemente y aquel círculo incandescente colgando del cielo provocaba un intenso calor en la tierra. La parca y el chaleco fueron sustituidos por una camisa y mi gorra. Caminamos a la sombra de un árbol mientras una suave brisa refrescaba mi cara. Pablo le hizo dedo a una camioneta que se detuvo. Al avanzar el volcán Osorno crecía y crecía y ya se podían apreciar sus laderas. Llegamos al pueblo de Ensenada y nos detuvimos en la comisaría. Andrés llamó a su novia desde un teléfono público. Marco y yo entramos a la comisaría. Sentado, al lado de una mesa un carabnero escribiendo en su máquina de escribir. Conversamos un rato con él y nos dijo que podíamos pasar la noche en el jardín de la iglesia del pueblo. Nos despedimos. Afuera encontramos dos bultos tirados que eran Pablo y Andrés descansando.

Ya instalados con nuestra carpa iglú preparamos la comida mientras en el cielo quedaban degradándose los últimos instantes del día. Un viento frío irrumpió desde el lago mientras el volcán Osorno se teñía con colores anaranjados, rosados y violetas. En el cielo las primeras estrellas aparecieron y el banquete ya estaba listo: pan con huevo acompañado de té o café.

Nos sentamos alrededor de una pequeña fogata que nos resguardó del frío imperante. El sonido de la leña quemándose y el reflejo de las llamas invitaron a un personaje que no se asoma durante el día. Un personaje que espera las noches al aire libre para sentarse a nuestro lado y con voz trémula contar historias de misterio. Y, al llegar el alba, él se esconde en las sombras y espera que la oscuridad de la noche lo libere nuevamente. A medianoche estábamos lo suficientemente asustados para irnos a dormir.

La Duda

Felipe apareció en la tarde con rostro amenazante.

-Te llamé ayer en la noche-dijo serio.

-Sí, me avisaron.

-Tu tía me dijo que habías salido a ver una amiga.

-Claro...

-¿Qué amiga es esa?

-Bueno, es una vieja amiga del liceo que me encontré ayer en el centro. Ella es cantante y me invitó a una tocata en el bar.

-¿Un bar ?! -me preguntó histérico.

-Sí.

-¿Fuiste sola?-preguntó inquisitivamente.

-Sí. Traté de ubicarte pero tu madre me dijo que andabas donde un amigo.

-Lucero, creo que tu cabeza no está bien. Una mujer sola en un bar no es algo normal.

Al escucharlo pensé que era mi tía quien me hablaba. Felipe era conservador para algunas cosas pero nunca pensé que yo era una de ellas.

-Felipe, el que tú seas mi pareja no te da el derecho a controlarme.

-No es controlarte, es preocuparse por ti.

-Muy bien. Pero yo tengo mi libertad y tú también. Yo no te preguntó a que amigos o amigas visitas.

-¿Desconfías de mí? Tu amiga te metió ideas raras en la cabeza o conociste a...

-¿A quién?-le pregunté molesta.

Felipe miró al techo de la pieza y dijo:

-Tal vez, otro hombre.

En ese momento mi paciencia se agotó. Respiré hondo y traté de ordenar mis ideas.

-Felipe, yo nunca te he engañado. Si estoy contigo es porque te quiero. Nadie me obliga. Pero tú estás rebasando el límite de los celos. Tú sabes que tengo pocos amigos. Ayer no ocurrió nada. Solo conocí algunas personas. No me presiones Felipe o sino esto no funcionará.

-Lo siento-dijo-. Es que ya no pareces la misma.

El resto de la tarde Felipe y yo la pasamos en casa. Mis tíos salieron a visitar un familiar y nos dejaron solos. Aunque estaba cerca de Felipe yo me sentía lejana. Mis dudas se acrecentaban a pesar de que todos se encontraban contentos con Felipe: tía Carlota, tío Pedro, mi madre, mis amigos y amigas. Seguramente cambiarían de opinión si conocieran a Felipe como yo.

Después de tomar once mi novio se fue con la convicción de que todo marchaba normalmente. La casa quedó sola como mi interior. Venimos solos al mundo. Aprisionados en un cuerpo conocemos gente que nos acompaña. Compartimos nuestra vida con ellos: reímos, lloramos, nos ayudamos y amamos. Tal vez, en algún lugar una persona sienta la misma soledad. Un hombre que pueda comprenderme y yo a él. La campanilla del teléfono sonó, ¿podría ser él?

Javiera me llamó para invitarme a pasar unos días en el Cajón del Maipo. Dijo que la banda tocaría en algunos bares. La idea me gustó y no dudé en aceptar. Tal vez el aire de las montañas me ayudaría a pensar mejor. Acordamos que me pasarían a buscar mañana después de almuerzo.

Cosas Simples

El Sol se reflejaba en el techo de la carpa. A lo lejos se escuchaba el oleaje del lago y el canto de los pájaros. Salí de mi saco de dormir y comencé a desperezarme. Andrés hacía lo mismo pero esta vez no pude lanzarle el zapato.

El cielo estaba despejado y la temperatura se encontraba agradable pese a ser de mañana. Preparamos el desayuno. Pablo y Marco se levantaron y luego tomamos desayuno. Rápidamente desarmamos la carpa y rehicimos las mochilas. Después nos fuimos a bañar a la playa que se encontraba casi desierta. Solo una pareja debajo de un quitasol disfrutaba la mañana. Luego del baño caminamos por la carretera rumbo al este. El camino se abrió paso en los vestigios de un bosque nativo. Ahora el volcán con su silencio engañoso se ubicaba al norte.

Caminamos como dos kilómetros hasta llegar a una solitaria casa. Ahí el camino se dividía en dos y tomamos el de la izquierda hacia el parque nacional Vicente Pérez Rosales. A poco andar una camioneta de matrícula argentina nos llevó.

El bosque nativo apareció con su variedad de árboles:coigues, raulies, tepas, canelos y muchos otros. El río Petrohue apareció a nuestra derecha con su verde esmeralda. Un letrero decía: "Saltos del Petrohue" Ahí nos detuvimos.

El agua chocaba con fuerza sobre la lava petrificada. Pequeñas chispas se esparcían refrescando la atmósfera. Andrés se entretenía observando como el río labraba el basalto y Marco tomaba fotografías.

-¿Te gustó el lugar?-le pregunté a Pablo.

- Sí, claro que sí-respondió-. Las cosas más bellas son las más simples.

-¿Las más simples?

-Sí...un árbol, un ave, un pequeño gesto con un amigo.

-Tienes razón-dije.

-Las cosas que nos hacen felices gozan de simpleza y no tienen precio. Ver el atardecer es totalmente gratis. Sólo se requiere nuestra voluntad-dijo.

-Creo entenderte. A cada momento tenemos la oportunidad de ser felices o desdichados. La felicidad no se compone de grandes cosas o logros. Consiste en desenmascarar la apariencia de las cosas que se nos ofrecen día a día.

-Un lugar como este es admirable-dijo mientras una nube ocultaba el Sol-. El ser humano debe admitir que existe algo que escapa a su comprensión...un misterio. Solo, cuando somos felices podemos entenderlo.

Antes de partir, lancé una moneda al pozo de los deseos y me puse la mochila. Llegamos al camino y no demoramos en subir a una camioneta.

Regresamos a Ensenada. Nos despedimos del conductor y seguimos el viaje bordeando el lado este del lago. El camino era de ripio y apoco andar encontramos un letrero que decía: "Laguna Verde" Bajamos por un sendero pedregoso y oculto, en el bosque, un espejo de agua de verde intenso se develaba. Eran como las cinco de la tarde y aprovechamos de comer algo.

Continuamos por el camino internándonos en otra parte del parque nacional Vicente Pérez Rosales que da su nombre a este precursor de la colonización en la región de Los Lagos. El volcán Osorno estaba ahora al este con su nieve eterna. Las laderas denotaban antiguos ríos de lava que bajaron como un torrente de infierno extinguiendo lo que había a su paso. ¿Es posible que de aquello pueda surgir la belleza? Así es. Las piedras volcánicas estaban siendo colonizadas por numerosos musgos y líquenes. Los arbustos y árboles crecían introduciendo sus raíces en el material inerte. La vida comenzaba lentamente y silenciosamente un nuevo ciclo.

El bosque nativo se fue cerrando alrededor del camino y me sentía insignificante al lado de añosos coigues. Una camioneta pasó en dirección contraria a nosotros y dejó una gran polvareda.

Durante incontables minutos caminamos en soledad. Algunas bandadas de loros cachaña rompían el silencio del bosque y mi mochila ya me pesaba bastante. Por fin un ruido ajeno al lugar y la repentina aparición de una camioneta que nos llevó.

Luego de andar algunos minutos paramos al frente de una salmonera (lugar de crianza del salmón). Bajamos y seguimos caminando. Más allá encontramos una pared de musgo y un delgado hilo de agua que sirvió para refrescarnos y llenar la cantimplora.

Luego un vehículo nos llevó. Un vendaval de viento se desató atrás de la camioneta. Subir, bajar, doblar, remecerse y..."¡Pablo! , cuidado con esa...rama" Mi aviso fue tarde. La gorra de Pablo quedó enredada en una rama que se alejaba y alejaba desapareciendo después de doblar. Luego y a nuestra derecha apareció una rara formación geológica que era una inmensa roca con forma de escaleras.

Llegamos al pueblo de Las Cascadas. Bajamos y nos sentamos a la orilla del camino. Comimos una merienda que nos repuso el estómago y el ánimo. Seguimos caminando y un camión se detuvo. Unos hombres venían arriba y nos ayudaron con las mochilas. Después el camión comenzó a andar. El aventón duró hasta Puerto Kloker. El pueblo solo eran algunas casas dispersas. Pablo y Andrés fueron a buscar un lugar para pernoctar mientras Marco y yo nos quedamos. Descansamos a la vera del camino comiendo el polvo que dejaban los vehículos al pasar. Al cabo de un tiempo volvieron y los acompañamos hasta llegar a un Granero. Ahí un hombre de camisa a cuadros y blue-jeans nos esperaba.

-Buenas noches-dijo-. Mi nombre es Juan y soy el cuidador del lugar. Vengan conmigo.

Llegamos a un galpón. Las bisagras de la puerta crujieron y la ampolleta parpadeó lentamente mientras nuestras pisadas producían un bullicioso eco. El interior del cuarto estaba atestado de herramientas y ropa de trabajo colgada en las paredes. También de bancas, mesas, un lavadero y una prensa para hacer queso. Pero, lo más curioso de todo era un juego de Taca-taca hecho en madera y muy bien conservado.

-Si necesitan algo llamen al lado. Ahí vivo. Buenas noches.

-Gracias-dijo Andrés-. Buenas noches.

Me quité la mochila como un esquimal que a cuestras ha llevado un oso polar. Marco encontró las pelotas del taca taca y el juego empezó. Los equipos eran Andrés y Pablo y Marco y yo. El partido estuvo reñido pero finalmente la pericia de mi compañero nos dio la victoria. Después, preparamos pan con jurel acompañado de té o café según el gusto de cada uno. La comida terminó y me tendí sobre el saco de dormir. Era de noche e imaginaba que allá afuera, en algún lugar, una desconocida mujer me extrañaba.

Devenires

Durante el almuerzo mi tía me recomendó cuidarme y llamar de vez en cuando. Yo le dije que no sé preocupara y que le diera mi nota a Felipe. En la calle se escuchó la bocina del auto de Hugo. Me despedí de mi tía, tomé mi mochila y salí. Javiera me ayudó a poner la mochila en el porta maletas. Subimos al auto y partimos.

Pasada una hora llegamos a Puente Alto. Javiera y yo nos entreteníamos recordando los viejos tiempos: cuando nos sorprendieron fumando en el baño; la risueña profesora de castellano; el gordo Juan; los paseos de curso y las vacaciones de verano. Los recuerdos cobraban vida pareciendo existir en un mundo donde mi amiga y yo no crecíamos.

Al salir del pueblo el paisaje cambió rotundamente: casas de adobe, campos inundados de verde y cerros matizados por la vegetación. El aire, antes contaminado, se trocó en una pulida fragancia que entraba por las ventanas del auto. Hugo venía concentrado al volante mientras Aldo las oficiaba de guía turístico: " A su derecha tienen el río Maipo y a su izquierda aparecerá el pueblo de La Obra..."

El camino se internaba entre los cerros. Algunos letreros publicitaban productos rurales como: pan amasado, miel de abeja, tortilla al rescoldo y empanadas. Pasamos por Las Vertientes y El Canelo. Por la orilla del río una desusada línea férrea aún esperaba el paso del tren. Al llegar a El Manzano nos detuvimos en el estacionamiento de un bar.

-Llegamos-dijo Aldo.

-Bajemos los instrumentos-dijo mi amiga.

-Voy abrir el porta maletas-dijo Hugo.

Bajé del auto. En la puerta del bar un hombre de unos cincuenta años nos observaba. Javiera fue a saludarlo. Conversaron un poco y después el hombre entró al bar.

-Don Cristian dice que entremos por la puerta de servicio-indicó Javiera.

Yo me quedé cuidando el auto mientras los demás llevaban parte de los instrumentos. Al cabo de un tiempo volvieron. Hugo cerró el vehículo y partimos. Llegamos a un cuarto con algunas sillas y una mesa. Ahí los muchachos revisaron los instrumentos. Un camarero vino y dijo que don Cristian nos invitaba una bebida. Seguimos al joven. El bar estaba vacío. Nos sentamos ante una mesa redonda. Hicimos nuestro pedido cuando don Cristian apareció desde la puerta de la cocina.

-Hola muchachos-dijo mientras saludaba a Hugo y Aldo-. ¿Cómo han estado? Ah, veo que vienen con una nueva integrante. ¿Quién es está preciosa?

-Es nuestra representante-dijo Javiera-. Su nombre es Lucero.

-Que mejor representación que esta-dijo-. Es un placer conocerla.

-Para mí también-dije sorprendida.

-Maneja un buen grupo. No dejen que se le suban los humos a la cabeza.

-Claro que no-dijo Aldo con una mirada cómplice-. Seguiremos trabajando duro.

-Espero. Así ganamos todos. Pero no me cobren caro-los cuatro reímos.

Las bebidas llegaron. Afuera, los cerros proyectaban su sombra sobre el bar mientras el primer auto con un cliente llegaba al estacionamiento.

En el cuarto se terminaron de afinar las guitarras y armar la batería. El bar se encontraba atestado de gente que lo único que buscaban era una noche de diversión hasta que la billetera lo permitiera. Así llegó la hora en que la banda salió al escenario. El público aplaudió tibiamente pero luego fueron envueltos por la música. Don Cristian era el más contento de todos. Sus ojos brillaban con la avaricia de un minero que encuentra oro.

-Señorita Lucero-me dijo-. ¿Cree que el próximo fin de semana puedan presentarse?

-No lo sé-dije-. Voy a revisar la agenda del grupo.

-Les subiría un diez por ciento la paga.

-Que sean veinte.

-Quince-dijo-, y es mi última oferta.

-Hecho, pero déme tiempo para conversar con el grupo.

-Está bien-dijo mientras el público pedía otra canción.

A las tres de la mañana terminó el show. En el cuarto nos servimos algo de comer. La banda estaba muy contenta con la presentación y les informé del trato que nos proponía don Cristian.

-Lucero-dijo Javiera-. Eres un buen manager. Desde ahora y si nadie se opone podrías ser nuestra representante.

-¡Sí! -dijo Aldo.

-Si aumentamos así nuestras ganancias está bien-dijo Hugo-. Celebremos con un

trago.

A las once de la mañana guardamos los instrumentos en el vehículo. Don Cristian se encontraba contento por la aprobación del grupo a nuestro trato. Nos despedimos y partimos rumbo al este.

Después de recorrer algunos kilómetros llegamos al río Colorado. Hugo desvió el auto a la izquierda por un camino de tierra. Nos detuvimos y Javiera sacó su mochila. Bajamos al río por un sendero y llegamos a un bosque de pinos. El agua acarrea un gredoso torrente que chocaba en las piedras. Aldo extendió el chal y nos sentamos. Hugo con su guitarra tocó algunos temas y Javiera preparó el almuerzo. Un cuaderno que llevaba mi amiga llamó mi atención. En la tapa un dibujo de un espiral y la palabra "Devenires"

-¿Qué hay en ese cuaderno?-le pregunté a Javiera.

-Ah, es donde escribo la letra de las canciones. ¿Quieres verlo?

-Claro-me lo pasó y abrí las primeras hojas.

Aprendiendo

En el Universo tenemos una misión

aprender lo que es el Amor

actriz, asesino, abogado y vendedor

son papeles que representamos.

Despierta, despierta, despierta

escucha tu corazón

las riquezas no son nada

comparadas con la realidad.

La razón es la rectora del mundo

demuestra lo que dices

el dinero es nuestra ambición

nos hace ser felices.

Despierta, despierta, despierta

escucha tu corazón

las riquezas no son nada

comparadas con la realidad.

-Esta canción ya la he escuchado-dije.

-¿Cuál?-preguntó Javiera.

-Aprendiendo.

-Sí, fue la primera canción que compusimos.

Durante la tarde conversamos de la banda y sus proyectos. El grupo gozaba de entusiasmo y sueños y yo dejé de pensar en la proposición de Felipe. El, seguramente estaría furioso con mi escapada tratando de buscar una explicación a mi impulsividad. Impulsividad que cuadraba perfectamente en él pero no en mí. Tal vez él

tampoco me conocía del todo y se hacía las mismas preguntas que yo me formulaba. Sin embargo su sentido común le diría que yo seguía siendo la misma mujer que amaba. A veces no queremos conocer la verdad. Tal vez me mentía y creía que amaba a Felipe.

Cuando oscurecía llegamos al pueblo de San José de Maipo. En la plaza central la iglesia observaba impávida el paso del tiempo mientras algunas personas disfrutaban de la tranquilidad y el silencio del día sábado. Llegamos a otro bar, más pequeño que el de la noche anterior. Un joven de lentes y chaqueta negra esperaba en la puerta.

-¿Ustedes son los de la banda?

-Sí, somos nosotros-respondió Aldo.

-Me llamó Ariel. Mi padre creía que ya no llegaban.

-Pero si nos atrasamos quince minutos-dijo Javiera-. No es tanto tiempo.

-Bueno, apúrense que falta menos de una hora.

-Ya vamos-dijo Aldo molesto.

Rápidamente la banda puso a punto los instrumentos mientras yo conversaba con el dueño del local. El hombre se encontraba molesto por el retraso de la banda. Dijo que tal vez nos pagaría menos porque el bar no se encontraba lleno y que prácticamente nos estaba haciendo un favor al prestarnos el local.

-¿Cómo que un favor?!-le pregunté furiosa.

-Mi bar es uno de los mejores del pueblo.

-Podrá ser mejor, pero la banda es excelente.

-Eso está por verse-dijo mientras fumaba un cigarro y me echaba el humo en la cara.

Antes que el grupo tocara le exigí que me cancelara lo que estipulaba el contrato o no había presentación. El, a regañadientes tuvo que pagarme y dijo que este era el primer y último show de nuestra banda en su bar.

La banda irrumpió en el escenario como la descarga de un rayo. Algunos aplaudieron y otros quedaron impávidos preguntándose que ocurría. Un hombre borracho se puso en pie en medio de la presentación.

-¡Siéntate!-le gritaron.

Su amigo, un poco más lúcido trató de sentarlo; sin embargo sus intentos fueron en vano.

-¡Deja ver!-le volvieron a gritar mientras el grupo continuaba tocando.

-Siéntate viejo-le gritó una mujer.

-Ven a sentarme tú-dijo con la mano empuñada.

En ese momento el novio de la mujer se puso de pie y Ariel fue a detener la pelea.

-Cálmense señores-dijo.

-¿Cómo que calma? Le daré su merecido a este borracho.

En la confusión un golpe le llegó a Ariel. El amigo del borracho le pegó un puñetazo a la mujer y empezó la gresca. El dueño del local corrió desde la barra a auxiliar a su hijo mientras otros hombres ajenos al problema golpeaban al borracho. La banda dejó de tocar y el bar se transformó en un campo de batalla. La presentación terminó abruptamente y el grupo abandonó el escenario mientras algunas botellas de cerveza se quebraban en el piso. Salimos al estacionamiento, guardamos los instrumentos en el auto sin mayor cuidado y partimos cuando se rompía una ventana.

Valorar

El día amaneció nublado y amenazaba lluvia. Nos despedimos del cuidador y su familia. Llegamos al camino y seguimos en dirección norte. Subimos una cuesta. El camino estaba en reparaciones y un banderillero le daba la pasada a los vehículos. Después el camino era llano y el sol tímidamente se asomaba entre las nubes. El volcán Osorno nos observaba silencioso. Según una leyenda indígena el Pillán, un antiguo demonio que asolaba a los indígenas fue encerrado en las entrañas del volcán después de una batalla entre el fuego y el agua.

El Sol lentamente fue cambiando el frío a un calor que mermo nuestra marcha. Nos detuvimos a descansar bajo la sombra de un árbol.

-Hace mucha calor-dijo Andrés.

-Sí-dijo Marco-,es muy raro el clima.

-Parece que viene algo-dije.

Un furgón venía desde el sur. El conductor y su acompañante sonrieron, moderaron la velocidad y se detuvieron. Luego de algunos minutos nos dejaron en un cruce. Ahí, el pavimento se extendía como una serpiente árida y negra hacia el sur. El cielo ya estaba despejado y un fuerte viento soplaba sobre la hierba del campo. Caminamos unos pocos minutos y un camión nos llevó. El camino empezó a descender y el lago nuevamente apareció junto a un hermoso pueblo enclavado en su orilla. Un recuerdo vino a mi memoria. Una vieja revista que leía cuando niño y una fotografía del mismo lugar. El camión entró al pueblo y nos dejó al lado de la iglesia.

En las calles de Puerto Octay se respiraba la calma del día domingo. Marco y yo aprovechamos de conocer la iglesia que en su interior estaba pintada de blanco con estrellas doradas que invitaban al recogimiento espiritual. Descansamos en la plaza central. Los jardines con sus prados, flores y algunos niños jugando en un pequeño escenario parecían una postal del sur de Chile. En ese momento recordé una plaza cerca de mi casa que algunas personas trataban de mejorar y otras de destruir. Construir es más difícil que destruir pero las personas no parecen comprenderlo y es por eso que nuestro mundo es lo que es...un mundo que se destruye así mismo.

Marco y Andrés fueron a comprar y Pablo a recorrer la plaza. Era como el medio día. Mis amigos regresaron y preparamos unos emparedados de jamón acompañados de una bebida. Luego de comer nos dimos tiempo para descansar y conocer los alrededores. Más tarde ya estábamos en el camino del oeste rumbo a lo desconocido. Atrás quedaba el acogedor Puerto Octay.

El camino subía y al llegar a un cruce tuvimos una hermosa vista del pueblo y su bahía. Una camioneta que conducía una atractiva mujer se detuvo a nuestro lado. Subimos atrás, luego el motor rugió y ya estábamos en camino. Rápidamente la camioneta fue avanzando y después de cinco minutos nos dejó en un cruce. Caminamos un poco y llegamos al pueblo de Quilanto. Ahí nos detuvimos al frente de un colegio. Un mini bus paró y se bajó un hombre. Luego se acercó a nosotros y nos preguntó que hacíamos a lo cual Marco le dijo que andábamos mochileando y que buscábamos un lugar para pasar la noche. El hombre dijo que era profesor y que nos podíamos quedar en el colegio. Lo seguimos hasta su casa y saludamos a su esposa e hijo de unos once años. Después abrió la puerta del colegio y nos mostró sus dependencias: una cocina, un comedor, algunas salas de clases, una biblioteca y una mesa de ping pong para la entretención. Le dimos las gracias, acomodamos las mochilas y comenzamos un disputado campeonato de tenis de mesa.

Pasado algunos minutos Pedro, el hijo del profesor nos vino a buscar para invitarnos un partido de fútbol. Nos equipamos un poco y partimos con él. Afuera, el profesor nos esperaba totalmente equipado y con un balón de fútbol bajo el brazo. Luego caminamos hasta llegar a la cancha de pasto. En ese lugar un grupo de muchachos que habían sido alumnos del profesor ya entrenaban sus habilidades. Comenzó el partido sin árbitro mientras nuestros rivales corrían y corrían y nosotros tratábamos de no equivocarnos en los pases. Aún así, y luego de batallar dos tiempos de quince minutos perdimos por el vergonzoso marcador de 1 a 7. Aunque para mi consuelo yo había anotado el único gol. Nos dimos la mano en fair play (juego limpio) y regresamos al colegio. Ya el cielo se había oscurecido.

De regreso en el colegio tomamos once. Pedro nos acompañó y nos contaba como era la vida en su pueblo. Una vida tranquila sin mayores sobresaltos pero con pocas expectativas vocacionales. La escuela solamente era básica y para continuar los estudios

tendría que ir a otro pueblo. Muchos jóvenes del pueblo no podrían seguir el mismo camino porque no tenían el dinero para viajar todos los días. Así, no completarían sus estudios. Pedro era un niño que quería ser profesor como su padre. Sin embargo sus compañeros probablemente deberían dedicarse a otra cosa.

Por la mañana armamos nuestras mochilas y limpiamos la cocina. Doña Rosa, la esposa del profesor nos regaló unas galletas de avena y algo de alimentos. Nos despedimos del profesor y su esposa agradeciendo su hospitalidad. Pedro nos encaminó por la carretera hasta que una camioneta nos paró. Lentamente el niño y sus sueños fueron quedando atrás con la esperanza de un mañana mejor.

El vehículo nos llevó unos cuantos kilómetros y nos dejó en medio de la campiña. Seguimos por un camino secundario que iba al este. El cielo, diáfano y sereno auguraba un buen día. El camino era muy solitario importunado a veces por la aparición de una casa. Caminamos como media hora hasta llegar a un pueblo en la orilla del lago. Continuamos hacia el sur pero esta vez con el lago a nuestra izquierda. Nos detuvimos a descansar y a comer las galletas de doña Rosa que fueron un delicioso manjar. Pensaba que a veces es necesario carecer de algo para valorarlo. Aquí, a cientos de kilómetros el agua y un simple pan eran nuestro almuerzo. Solo necesitábamos lo esencial: una mochila, un saco de dormir, una carpa, amigos y confianza en que todo va a salir bien. ¿Por qué no hacer de mi vida algo tan simple?

Reanudamos la marcha. El lago se encontraba muy apacible y en el cielo unas aves dibujaban una danza llena de círculos y espirales. Caminamos por dos horas y descansamos ya sofocados por el calor. Finalmente un camión nos llevó y lentamente en el horizonte ya se divisaba Frutillar.

El camión nos dejó al lado de la playa. Ahí varias casas elegantes que tenían en el techo unos muñecos que se movían al soplar el viento mientras la gente disfrutaba del agua. Muchas personas nos miraron sorprendidas al ver nuestro aspecto desdeñado. Descansamos en la arena y aprovechamos de bañarnos. Entre la muchedumbre una mujer atractiva con rostro que me era familiar. Una vieja amiga perdida en mis recuerdos. Dudé, inseguro me acerqué para intercambiar una palabra y ella se recostaba en su toalla para tomar el sol. Cuando ya me encontraba cerca un hombre, con anatomía de gorila se interpuso en mi camino para echarle bronceador a ella. En ese momento el miedo a un ojo morado fue más fuerte que mis dudas y huí al agua.

Luego de bañarnos ya estábamos haciendo dedo en la salida del pueblo. Esperamos hasta que una vieja camioneta se detuvo y lentamente fue subiendo por el camino. Llegamos hasta Frutillar Alto donde la gente y las casas eran totalmente distintas al otro Frutillar. Ahí nos bajamos, cruzamos la línea del tren y empezamos a caminar rumbo al norte.

Sueños

En la mañana desperté en el auto. Mi amiga tenía apoyada su cabeza en mi hombro mientras Hugo roncaba. Afuera los vehículos pasaban rompiendo el silencio que brotaba de la naturaleza como un pensamiento sereno y armónico. Javiera se despertó.

-¿Qué hora es?-preguntó.

-Déjame ver-dije consultando mi reloj-. Son las diez.

-¿Cómo dormiste?

-Bien. Aunque me duele un poco el cuello.

-Despertemos a los muchachos.

Aldo y Hugo ya habían despertado.

-¿Qué hacemos ahora?-preguntó Hugo.

-Podemos volver a Santiago-dijo Aldo-. Ya no tenemos más presentaciones.

-¿Por qué no vamos a conocer?-nos preguntó Javiera-. Luego, a la noche regresamos a Santiago.

-Claro-dijo Hugo-. No hay apuro. Además nuestras finanzas andan bien.

-Por supuesto-dije.

El motor comenzó a ronronear y partimos rumbo al este. Luego nos detuvimos a comprar pan amasado y seguimos camino a lo profundo de las montañas. El río apareció a nuestra derecha y Aldo prendió la radio tratando de sintonizar alguna estación. Pasamos por el pueblo de San Alfonso y al cabo de un tiempo llegamos a un retén de carabineros y a San Gabriel. Las montañas poco a poco se fueron cerrando dejando solamente espacio para el camino y el río. Cruzamos un puente y bajamos del vehículo.

-Almorcemos en aquella roca-dijo Javiera apuntando con la mano.

-¿Cuál de todas?-preguntó Aldo.

-Aquella, la que está en el cerro. ¿La vieron?

-Espera...ah, ya la vi-dije.

-Yo llevo la mochila-dijo Hugo.

-Y yo la guitarra-dijo Javiera mientras cerraba el maletero.

Caminamos por un sendero que subía la ladera de un cerro. Luego de algunos minutos descansamos mientras se escuchaba escondido en el follaje el armónico crepitar de un arroyo. Finalmente y con mucha dificultad y cansancio llegamos a la roca. Desde ahí pudimos ver las montañas que rodeaban el pequeño valle donde bajaba el río.

-Es momento de comer-dijo Hugo.

-Sí, la caminata me dio hambre-dijo Aldo.

-El menú de hoy es pan con queso y jugo-dijo Hugo-. Además de postre tenemos manzanas.

-Qué festín de dioses-dijo Aldo-. Cualquiera cosa está bien.

El almuerzo estuvo acompañado con la música de la guitarra de Javiera. Abajo, en el valle, nuestro auto era como un juguete extraviado al pie de la montaña. El cuaderno de mi amiga decía:

Sueños

Escondido en lo profundo del ser

viene con nosotros, lo puedes ver

la gente dice: "No lo intentes, no lo puedes hacer"

es tu sueño que construyes hoy.

Abandona tus miedos

desecha la timidez

el protagonista de esta historia

eres tú

ven a ver.

No lo pienses y no dudes.

tal vez mañana sea tarde

si esta es la única vida

apuesta a lo que puedes llegar a ser.

Abandona tus miedos

desecha la timidez

el protagonista de esta historia

eres tú

ven a ver.

Luego de almorzar partimos al este siguiendo el camino a las entrañas de la cordillera. Pasamos por el pueblo de El Volcán mientras las montañas eran un murallón de coloridas vestimentas. Llegamos a Baños Morales última parada del viaje. Bajamos del auto y cada uno por su cuenta salió a recorrer los alrededores. Busqué mi croquera en mi bolso y fui a sentarme en una roca. Las montañas se elevaban como torres imponentes y el viento esparcía el sonido interminable del río.

Durante una hora traté de acercar los trazos de mi lápiz a los reales y finalmente quedé satisfecha con mi trabajo.

-Debemos partir-dijo Javiera.

-Vamos-dije-. Afortunadamente pude terminar.

Subimos al auto de Hugo mientras el Sol se escondía detrás de las montañas.

Después de un tiempo el cielo se oscureció esparciendo millones de gotas luminosas. En mis pensamientos el rostro de Felipe y mis dudas con respecto a lo que sentía por él. Tal vez él tenía razón y me ahogaba en un vaso de agua. Hombres y mujeres juntan a diario sus vidas. Tienen sus dificultades, es cierto, pero aprenden a superarlas. Felipe no era el hombre perfecto ni yo la mujer perfecta pero, ¿éramos perfectos el uno para el otro? Angustiada regresé a casa de mi tía y olvidé devolverle el cuaderno a mi amiga.

Despedida

Durante largas horas caminamos rumbo al norte. El cielo, antes despejado se trocó en uno lleno de fantasmas grises. Paramos en una garita de buses para abrigarnos un poco mientras en la carretera los vehículos pasaban incesantemente. Al caminar recordé a la mujer de la playa y mi miedo para acercarme a ella. Me dije que si en el futuro me ocurría algo parecido correría el riesgo.

Algunas gotas comenzaron a caer ocasionalmente y ningún vehículo nos paraba. Eran como las seis de la tarde y sentí ganas de comer sopaipillas. Casi podía ver a mi madre cocinándolas y yo degustándolas con una taza de café en invierno.

-Las cosas no se han dado desde que salimos de Frutillar-dijo Marco.

-No perdamos la esperanza-dijo Pablo-. ¿Qué peor podría pasar?

En ese momento una repentina lluvia con características de temporal se desató sobre nosotros. Caminamos hasta otra garita pero ya empapados totalmente. Cerca, una bandera blanca colgada en la reja de una casa avisaba que vendían pan amasado. Andrés y Marco fueron a comprar mientras la lluvia menguaba. El pan estaba tibio y delicioso y guardamos algunos para la once.

Un camión se detuvo y el conductor ofreció llevarnos. No tardamos en subirnos atrás y luego de un tiempo nos dejó en un cruce. Aún quedaba algo de luz y el cielo se había despejado. Empezamos a buscar un lugar donde pasar la noche. Llamamos a una casa y en la puerta apareció la silueta de un hombre con poncho y sombrero. El hombre accedió a prestarnos su garaje como refugio y lo seguimos hasta la puerta. Adentro algunas herramientas y un viejo tractor que ocupaba más de la mitad del cuarto. Rápidamente nos instalamos y preparamos la once. Andrés comenzó a leer las cartas del tarot y Pablo fue su primer cliente. Su pregunta fue sobre el viaje y para sorpresa nuestra aventura pronto llegaría a su fin debido a una mujer. Marco fue su segundo cliente y preguntó sobre su familia y después lo seguí yo que pregunté sobre mi vida sentimental.

-En el pasado-dijo Andrés-, una gran decepción. Aparece la luna que muestra una apasionante pero dañina relación.

No era necesario ahondar en el tema. Claudia, mi ex novia era el rostro de la luna. Las palabras continuaron...

-En el presente aparece el loco. Significa que existe una búsqueda pero descarriada. Sin control.

Sin duda era la mujer de la playa. Estuve a punto de cometer una locura.

-El futuro se ve mejor-dijo enigmáticamente-. Aparecen los enamorados que significa una elección. Solo uno de estos caminos te conducirá a la mujer que buscas.

Mis dudas lejos de mitigarse se acrecentaron. La sesión terminó y fuimos a dormir. Difícilmente pude quedarme dormido pero el cansancio fue más fuerte y me llevó a ese mundo misterioso donde todo es posible.

Noche en una ciudad desconocida buscando por las calles a una persona. En una plaza, algunas personas pero ella no se encontraba. Luego bajé por una calle y llegué a un muelle que cobijaba botes y lanchas. La luna llena colgaba del cielo y junto a las estrellas se reflejaban en las aguas pasivas del río. Aquella persona tampoco se encontraba ahí y desconsolado me senté en una banca. Cerca un hermoso puente y una mujer que apoyada en las barandas observaba la noche. Me puse de pie y la reconocí. Una extraña fuerza se apoderó de mí y corrí por el muelle hasta llegar al puente. Ella me miró sorprendida y reconocí su rostro. Era "Ella" quien también corrió a mí. Nos dimos un fuerte abrazo y...

-Gonzalo, Gonzalo...despierta-dijo una voz.

-¿Qué? ¿Cómo?-pregunté.

-Levántate-dijo Pablo-. Es hora de partir.

-Ah-dije abrumado tratando de recordar lo que había soñado pero, no pude por más que intenté.

Me levanté de no muy buena gana. Fui a asearme y el cielo con un Sol radiante nos pagarían la deuda del día anterior. Nos despedimos del dueño de casa y partimos por la carretera rumbo al norte. Luego de caminar durante media hora descansamos bajo la sombra que proyectaba un frondoso bosque de Tepa. Un poco más allá algunos camiones detenidos y un restaurante que ofrecía una buena parada para los viajeros. Andrés y Marco fueron a comprar algo de comer mientras Pablo dormía y yo descansaba imaginando una

vida en aquellas tierras. Una pequeña casa en medio del campo, un huerto y algunos animales. Disfrutando del aire fresco y el silencio. Sin embargo aquella vida tendría un costo que era la soledad. ¿Qué sentido tiene la vida sino la compartimos? ¿Sino tenemos una persona que nos escuché, nos comprenda y nos ame?

-Malas noticias-dijo Andrés cuando regreso del restaurante-. Llamé a mi casa y me dijeron que mi abuela está enferma. Debo volver lo más pronto a la capital.

-Lo lamento-dijo Pablo-. ¿Es grave?

-No, nada grave pero a su edad nunca se sabe.

-Creo que nuestro viaje llega a su fin-dijo Marco apesadumbrado-. También llamé a mi casa y debo ir hacer un trámite a la universidad.

-Bueno, no perdamos tiempo-dije-. Tomemos el tren para volver a Santiago.

-Claro-dijo Pablo-. Pueden ir a Los Lagos a tomar el tren que pasa como a la una de la tarde y yo tomo el bus a Valdivia.

-Desde luego-dijo Andrés-. Partamos de inmediato.

Luego de cinco minutos por la carretera un camión se detuvo. Subimos atrás y acomodamos las mochilas. En la cabina y a todo volumen el conductor iba escuchando un tema de Elvis mientras manejaba. Finalmente llegamos a la ciudad de Los Lagos. Ahí bajamos del camión y caminamos a la estación de ferrocarriles. Eran como las once de la mañana y el andén se encontraba vacío. Solo un perro que husmeaba en una vieja bodega y el rechinar de un letrero que movía el viento. Marco y Pablo fueron a comprar algo para el almuerzo, Andrés adquirió los pasajes y yo me senté a la orilla de la línea observando los dedales de oro que alfombraban los durmientes.

En la estación almorzamos y Pablo preparó su mochila para el viaje en bus. Andrés y Marco fueron a llamar por teléfono y yo de escribir algo en mi olvidada croquera.

-¿Qué te pareció el viaje?-le pregunté a Pablo.

-Fue una buena aventura-dijo-. Llena de improbabilidades como la vida. Sin embargo algo que no podría explicar nos ayudaba en los momentos más adversos y nos llevaba donde queríamos.

-Tienes razón-dije-. Creo que es imposible describirlo con palabras. Solo diré que era el...Universo.

Andrés y Marco llegaron. Ordenamos las mochilas por última vez. Pablo nos dio su número de teléfono y su dirección en Valdivia. A lo lejos se escuchó la bocina del tren. La gente en el andén comenzó a tomar sus bolsos. El tren de los mochileros poco a poco se detuvo en la estación. Nos despedimos de Pablo con abrazos y subimos al vagón. Acomodamos las mochilas mientras Pablo esperaba abajo para despedirse. El tren comenzó andar y nuestro amigo fue quedando atrás hasta hacerse un punto invisible en el infinito.

Respuesta

Durante la noche desperté en varias ocasiones producto de mis dudas. Sin embargo y cuando decidí no pensar en la proposición de Felipe pude conciliar el sueño.

Al despertar por la mañana comencé a pintar un hermoso puente de mi ciudad y por una extraña razón me sentí muy feliz. El teléfono se escuchó en el comedor y mi tía atendió.

-Lucero-dijo-. Es Felipe.

-Dile que salí a comprar.

-He...ella salió a comprar. ¿Deseas dejarle recado?

Un breve silencio.

-Muy bien, yo se lo daré.

-¿Qué dijo?

-Dijo que lo llamaras en cuanto llegaras. Se encuentra muy molesto con tu escapada. Ha llamado todos los días.

-Que siga molesto.

-Lucero, estás cambiada. Hace unos días Felipe y tú se encontraban muy bien. ¿Qué les pasó?

-No sé tía. Las cosas cambiaron abruptamente.

-¿Lo quieres?

-Claro-respondí.

-Entonces solucionen sus problemas.

-Decirlo es tan fácil.

-No creas. Tu tío y yo llevamos veinte años de matrimonio y hemos tenido problemas. ¿Por qué crees que seguimos juntos?

-¿Por qué se aman?

-Por supuesto.

-Gracias tía-dije mientras la abrazaba y ella se preguntaba el motivo de mi agradecimiento.

En la tarde me encontraba en un café del centro de la ciudad esperando a Felipe. Faltaban diez minutos para nuestra cita y leí el cuaderno de Javiera.

La Revolución silenciosa

Cuando sientas que estás en el camino

y veas que tu vida es como quieres

abre los ojos y sonríe

todo tiempo pasado fue peor.

Golpea las puertas

grita desde la copa de un árbol,

tus ojos son los del Universo.

Cuando creas que tienes lo necesario

y que en el cielo todas las aves son hermosas

abre los ojos y sonríe

el futuro es aún mejor.

*Golpea las puertas
grita desde la copa de un árbol,
eres sin darte cuenta
parte de una silenciosa revolución.*

-Hola Lucero-dijo Felipe-. Debemos conversar.

Segunda Parte

Una línea, un corazón que habita en dos almas.



Vieja Amiga

Comenzó todo en el verano, cuando viajaba en tren. Por la ventana un paisaje hermoso desfilaba ante mis ojos: campos verdes, árboles frondosos, ríos cristalinos, vacas, caballos y un cielo pulcramente teñido de azul. Llevaba más de doce horas viajando en este elefante de metal y aún me quedaban muchas más para llegar a mi destino.

Algo de aburrimiento tenía. No es lo mismo disfrutar las cosas en soledad que acompañado pero mis amigos abandonaron esta aventura mucho antes de ver la ruta de viaje. Pablo me propuso la idea de ir a mochilear a Chiloé pero Marco y Andrés ya tenían otros planes. Así, decidí viajar solo y pasar a buscar a Pablo a Valdivia.

El vagón se mecía con suavidad, recordando la vieja cuna de la niñez. Muy poca gente quedaba en el vagón y una de ellas llamaba mi atención desde que me subí al tren. Una mujer, cabello rubio y unos profundos y enigmáticos ojos verdes. Reuní el valor suficiente y caminé hacia ella. Llegué a su lado pero ella no se dio cuenta de mi presencia. Traté de pronunciar palabra pero ya era demasiado tarde.

-¡Hola!-dijo.

-¡Ho ho la!-dije.

-Te estaba esperando.

-Lamento haber llegado tarde-dije un poco relajado.

-Entonces siéntate.

-Está bien, gracias.

Me senté a su lado lo más suave posible. Ella continuó con una sonrisa y una pregunta.

-¿Adónde vas?

-A Valdivia, donde un amigo.

-Yo también voy para allá.

-¿De verdad?-le pregunté muy interesado.

-Sí-respondió.

-Disculpa-dije-, no me he presentado. Mi nombre es Gonzalo.

-Y yo Lucero.

-Es un hermoso nombre-dije haciéndola sonrojar un poco.

-¿Por qué motivo viajas?-me preguntó.

-Quería escapar del tedio y el ruido de la capital. Y tú, ¿por qué lo haces?

-Yo vivo en Valdivia-mi cara pareció un signo de interrogación-. Lo que ocurre-prosiguió-, es que vengo de visitar una tía en Santiago.

-Ah-dije con mi boca muy abierta lo que la hizo reír.

El tren ya llegaba a la ciudad de Temuco. Era la hora del almuerzo pero no tenía hambre. Nos detuvimos en la estación y Lucero y yo bajamos del vagón. Ella tomó sorpresivamente mi mano y corrió como una niña llevando una cometa. Llegamos a un quiosco agotados por la carrera. Cuando recuperé el habla pedí dos sándwiches de queso y dos bebidas mientras Lucero llamaba por teléfono. Luego caminamos lentamente de regreso al tren. Ella lucía más hermosa con su cabello despeinado producto de la carrera.

-Disculpa por mi mal estado físico-dije justificándome-. Me he puesto un poco sedentario.

-¿Un poco?

-Digamos que un poquito.

-¿Poquito?-los dos reímos como antiguos amigos. La bocina del tren anunció la partida y tuvimos que correr nuevamente para mi descrédito.

Durante algunos minutos estuvimos en silencio observando el paisaje. A pesar de nuestra breve amistad me sentía muy cómodo a su lado.

-Cuéntame de tu vida-me dijo cuando pasaba el vendedor de bebidas.

-No tengo mucho que contar-dije tímidamente.

-Alguien como tú debe tener mucho que contar, ¿no?

-Bien, te diré que soy un escritor y...

-¿Un escritor?

-Sí, en realidad no es nada del otro mundo-dije modestamente.

-¿Y que escribes?

-He escrito algunos cuentos y ahora empecé a escribir mi primera novela.

-¿Una novela?-preguntó intrigada.
-Sí, habla de un viaje que realicé junto a unos amigos.
-Ah-dijo.
-¿Y tú que haces?-le pregunté.
-Soy pintora.
-¿Pintora?
-Sí, desde niña me gustaron las témperas y los pinceles.
-¿Eres feliz en lo que haces?-le pregunté.
-Por supuesto. Cada vez que hago una pintura es una proyección de mi interior, de mí alma y cuando la termino me llena de regocijo y felicidad.
-Te comprendo. Es como cuando finalizo un cuento. Las palabras plasmadas en el papel dicen lo que tengo adentro. Tus pinturas equivalen a mis cuentos.
-Cierto, es nuestro don-dijo-. Cuando lo desarrollamos nuestra vida parece adquirir sentido.
-Tienes razón-dije-. Pero a veces nos es muy difícil ser fiel a ese don.
-Pero debemos persistir porque ninguna otra cosa nos va hacer felices. Además todo el mundo se beneficia cuando una persona desarrolla su don.
-¿Cómo llegaste a esa conclusión?-le pregunté.
-Bueno, porque lo he aprendido en mi camino-dijo sonriendo.

Refugio

La tarde se hizo placentera. Cruzamos el río Toltén y después de un tiempo llegamos a Loncoche. Lucero y yo conversamos de nuestras vidas. Para mí era regocijante tenerla y poder hablar sin máscaras, sin esconder nada más que un hermoso sentimiento que crecía y crecía conforme la conocía. Los dos parecíamos viejos amigos que se reencontraban y que se conocían de toda la vida; sin embargo algo dentro de mí se resistía a tantas bondades. A lo mejor este hermoso momento era solo eso, un momento para ilusionarme y quedar con las manos vacías. Aquí me encontraba nuevamente en la rueda de la fortuna apostando a mi felicidad.

El tren cruzó el río Calle Calle y llegamos a Antilhue. Bajamos para caminar un poco mientras una fresca brisa acariciaba los cabellos rubios de Lucero. Aproveché de tomar algunas fotografías mientras ella le compraba unas manzanas a un niño. Recordé que en ese lugar hace un verano conocí a Pablo. El pueblo a pesar del tiempo transcurrido se mantenía intacto.

La bocina del tren sonó y el mundo adquirió otro sentido, vertiginoso tal vez, cuando Lucero corrió y me tomó de la mano para subir al vagón.

Lentamente el tren se movió bordeando el río Calle Calle. Sus aguas eran como la sangre de la tierra, no roja como la de nosotros pero llena de vida. Faltaba poco para llegar a Valdivia y la angustia me invadió porque se acercaba el final del viaje.

-¿Nunca te has sentido solo aunque estés rodeado de gente?-me preguntó.

-Sí, en muchas ocasiones. Es extraño eso-dije.

-Lo extraño, es no sentirse solo.

-¿Por qué?-le pregunté.

-Porque es difícil encontrar alguien que pueda escucharnos, comprendernos y al mismo tiempo...

-¿Qué?

Ella, se volvió a la ventana y dijo:

-Amarlo, y que también nos ame.

En aquellas palabras, que apenas pude escuchar encontré una gran verdad. Lo extraño, era no sentirse solo. Con Lucero a mi lado esa soledad desaparecía y era sustituida por su cálida compañía.

El crepúsculo en pleno apogeo era teñido por las pinturas de la luz hasta que todo, incluso mi mente, se tiñó de negro. Lucero no pronunció palabra hasta que el tren se detuvo en la estación de Valdivia.

-Ayúdame con mi bolso-me pidió mientras la gente comenzaba a bajar del vagón.

El bolso, que no estaba muy pesado bajó fácilmente de la parrilla pero no fue así con mi mochila que cayó al pasillo. Descendimos del vagón y caminamos a las afueras de la estación.

-Bueno-dije-, es hora de despedirnos...

-Sí, pero, ¿dónde te quedarás?

-En casa de Pablo, aunque debió haber venido a buscarme.

-Llámallo por teléfono. Sino lo encuentras puedes quedarte en mi casa. Nos sobra espacio.

-Claro-dije-. Espera que voy a llamar.

Llamé a mi amigo y hablé con su madre. Pablo había viajado de urgencia a ver a su novia enferma en Puerto Montt y me esperaba allá. Le di las gracias y le comuniqué lo ocurrido a Lucero. Ella sonrió y dijo:

-No se hable más y vamos a mi casa-dijo cuando detenía un taxi-. Seguro que simpatizas con mi madre.

En las calles las casas de estilo europeo dominaban la ciudad. Valdivia había sido refundada por un gran número de inmigrantes alemanes traídos por el aventurero Vicente Pérez Rosales. Aquellos primeros colonos querían que estas tierras fueran lo más parecidas a su tierra natal.

El taxi dobló en una calle y luego en otra. Lucero lucía hermosa con su vestido floreado y su sombrero. Nos detuvimos al lado de una casa antigua de un piso y pintada de

blanco. Una puerta y dos ventanas daban directo a la calle. Lucero le pagó al conductor mientras yo sacaba el bolso y la mochila del maletero. Después, el taxi se perdió en una esquina.

Lucero no necesitó tocar el timbre de la casa. La puerta se abrió y una mujer con delantal de cocina le dio la bienvenida.

-¡Hola hijita!-dijo emocionada mientras la abrazaba.

-Madre, si solo me fui por una semana.

-Una semana, pero para mí fue como un mes.

-Voy a presentarte un amigo.

-¿Un amigo?

-Sí, nos hicimos amigos de viaje.

-¿Supongo que usted no se propasó con mi hija?-me preguntó imperiosamente haciendo que mi cara cambiara de color.

-Claro que no mamá. Es solo un amigo. Mi madre es muy bromista-dijo para que no me sintiera ofendido.

Después de las presentaciones entramos por un largo pasillo. En el comedor las tazas estaban puestas sobre la mesa. La señora Aida fue a poner la tetera mientras Lucero iba a su pieza y yo me sentaba en un antiguo pero cómodo sillón observando un viejo retrato de un señor de bigote. En el ínterin apareció la madre de Lucero para hacerme compañía.

-Disculpa-dijo-. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

-Gonzalo...Gonzalo O. Allende.

-¿Y la O que significa?

-Es la abreviación de mi primer apellido. Lo que ocurre es que no me trae muy buenos recuerdos.

-Si es así, no hablaré más del tema.

-¿Quién es el hombre del retrato?-le pregunté curioso.

-Ah, él es mi ex esposo. Murió hace cinco años en un accidente.

-Lo lamento-dije.

-Bueno, ya han pasado sus años. El era un buen hombre, Lucero lo quería mucho.

El silbido de la tetera venía de la cocina y la señora Aida fue a apagarla. La once estuvo amena. La madre de Lucero se dio cuenta de que era un buen chico y ya no me hacía tantas preguntas. Al terminar la charla acompañé a Lucero a uno de los cuartos de la casa.

-Te quedarás aquí, en mi taller. Aquí duermo cuando me desvelo pintando. Espero que no ronques o mi madre te echará a patadas de la casa.

-No, claro que no-dije asustado mientras ella reía.

Magia

Un leve movimiento en mi hombro me hizo despertar.

-Gonzalo...Gonzalo...¡Gonzalo! Son las once.

-¿Qué?-pregunté mientras me despertaba.

-Vamos a tomar desayuno.

-Ah...gracias...¿y estas mantas?

-Te quedaste dormido encima de la cama y te cubrí.

-Otra vez gracias. ¿Qué hora es?-le pregunté como marinero desorientado.

-Son las once, y ahora levántate. ¡Flojo!-dijo pegándome con un cojín.

Un poco más compuesto y en la mesa desayuné con Lucero. La señora Aida había ido a la feria a comprar para el almuerzo.

Luego del desayuno me di tiempo para ordenar las cosas, darme un baño y ver los cuadros de Lucero. Las pinturas representaban paisajes, figuras humanas y sueños con colores muy intensos.

-¡Gonzalo!-dijo una voz que me interrumpió en mi contemplación. Al mirar hacia la puerta vi a Lucero.

-¿Qué?-pregunté.

-Mi madre dijo que la ayudarás a preparar el almuerzo.

-Cumpliré al pie de la letra tu orden.

-Será mejor que así sea o mi madre te mandará a lavar los platos.

Puse todo mi esfuerzo en pelar papas y en una escala del uno al siete la señora Aida me puso un cuatro. El almuerzo estuvo listo en una hora y los tres conversamos de muchas cosas: del padre de Lucero, la capital, lo bello del sur, la pintura y el término de mi visita a Valdivia.

-¿Ya te vas?-me preguntó Lucero.

-Claro, Pablo me espera hoy en Puerto Montt.

-Claro-le dijo la señora Aida a ella-. Gonzalo debe seguir su viaje.

-Pero no te puedes ir sin antes conocer la ciudad-dijo Lucero-. Podemos ir ahora en la tarde.

-Es que...

La señora Aida me miró seria y hasta el retrato del padre de Lucero parecía observarme con ojos inquisidores.

-Bueno-dije-. Puedo viajar mañana.

-Así es mejor-dijo Lucero-. Créeme que no te arrepentirás.

Luego del almuerzo ordené mis cosas. En el fondo de mi mochila, pero muy al fondo pude encontrar mi boina vasca. Me la probé y me miré en el espejo. Lucero entró al taller y me quedó observando por un instante.

-¿Qué te ocurre?-le pregunté.

-Nada.

-¿Cómo que nada?

-Es difícil de explicar. Es como si antes te hubiera visto con esa boina.

-No puede ser-dije-. La tenía en mi mochila.

-¿No me crees?

-Sí, te creo. A mí también me ocurrió algo parecido cuando te vi en el tren.

-¿De verdad?

-Claro.

-Es extraño-dijo-. ¿Qué significará?

-No lo sé-dije confundido-, pero espero darle un sentido.

En la calle Lucero y yo empezamos nuestro paseo. El Sol ocasionalmente era cubierto por algunas nubes mientras el viento batía la copa de los árboles. Llegamos a la plaza central de la ciudad y nos sentamos en una banca disfrutando un helado. Conforme conversaba con Lucero me daba cuenta de que ella era todo lo que anhelaba. Después de mi última novia no había tenido el valor de enfrentar otra relación pero ahora, ante mis ojos, tenía una mujer llena de sueños y con la fuerza interior para realizarlas. En mi cabeza la duda, una sombra que me decía que Lucero no era diferente a las demás. Aquello oscureció el momento y se quedó como una astilla en mi corazón.

Luego del helado descendimos por una calle y llegamos al río que extendía sus

aguas calmas de un verde esmeralda. Una pequeña feria en el muelle ofrecía pescados, mariscos, verduras, frutas y productos típicos de la zona. Ahí, Lucero tuvo la idea de que viajáramos en lancha a Niebla. Un pueblo ubicado en la desembocadura del río. Abordamos una embarcación y lentamente comenzamos a movernos mientras observaba un hermoso puente que conectaba la ciudad con la isla Teja. El cielo ya se encontraba con algunas nubes que amenazaban con lluvia recordando que aquí los días despejados suelen ser un mero espejismo. En la ribera del río fueron apareciendo viejas embarcaciones abandonadas y carcomidas por el agua. Pequeñas gotas comenzaron a caer presagiando el inicio del temporal y el viento insistentemente trataba de llevarse mi boina. Lucero se acercó a conversar.

-¿Qué te ocurre?-me preguntó.

-Nada-respondí-. ¿Por qué lo dices?

-No has pronunciado palabra desde que partimos.

-Son ideas tuyas-le dije.

-Tal vez-dijo mirándome con sus ojos verdes. Aquella mirada fue imposible de sostener.

La lancha siguió su curso de navegación. El viento aumentó y la suave corriente se transformó en olas que remecían la lancha. La lluvia se hizo más persistente y a lo lejos ya se divisaba la isla Mancera. La embarcación comenzó a moverse alarmantemente e intentamos en vano atracar en el muelle de la isla. La marea era muy fuerte y seguimos viaje rumbo a Niebla. El mar estaba enfurecido. Nuestra lancha era azotada como un junco y Niebla estaba de cara al océano soportando su furia. Lucero conversaba con un turista lo que inexplicablemente me produjo celos.

En Niebla visitamos un viejo fuerte español ubicado a la orilla del mar. Los cañones, oxidados por el paso del tiempo apuntaban a la desembocadura del río mientras el viento silbaba sin pausa y continuaba lloviendo.

-¿Ahora vas a hablar?-me preguntó Lucero.

-¿Por qué?

-Ah, veo que te volvió el habla.

-Claro.

-Fue una pena no poder visitar Mancera.

-Sí, el tiempo empeora bastante desde que salimos de Valdivia.

-¿Qué te parece Niebla?-me preguntó cuando la lluvia paraba un poco.

-Hermoso, este fuerte ofrece una imponente vista al mar.

Ella inesperadamente tomó mi mano y me miró con sus profundos ojos verdes.

-Gonzalo, quiero decirte algo importante.

-¿Qué?-le pregunté inquieto.

-Cuando te vi por primera vez sentí que eras alguien muy especial para mí y no me equivoqué.

-He...

-Dentro de mí siento algo hermoso por ti...es amor.

El mundo adquirió una gravedad distinta y el suelo comenzó a tambalearse casi votándome al suelo. Sin embargo, y a pesar que sentía un gran afecto por Lucero lo nuestro no podía ser. Una parte de mí, indiferente y amenazante empezó a hurgar las palabras que volverían a su lugar las cosas.

-Lucero, es verdad que siento algo por ti pero no puedo corresponderte.

¿Comprendes?

Un leve rocío inundó sus ojos y creo que también los míos. Ella no dijo ni una palabra. No había necesidad. Yo, terminaba con su amor y mi esperanza oculta detrás de mis miedos. Ahí, en el fuerte, fue como apuntar uno de los cañones a un cristal. ¿Por qué lo hacía? En ese momento no tuve una respuesta.

El viaje de regreso fue solitario y triste. Lucero tomó un bus a Valdivia y yo me vine en la lancha. Ella, no quería nada conmigo. Era su problema. Yo había sido muy sincero, le dije lo que sentía pero ella no comprendió. Cuando se dice lo que el otro no quiere escuchar da lo mismo que mentirle.

Cuando llegué a casa de Lucero me atendió la señora Aida. Lucero estaba encerrada en su pieza y arreglé mi mochila para partir ya que era insoportable un momento más en esa casa.

En la puerta de calle me despedí de la señora Aida que como buena madre ya comprendía lo que ocurría.

-Adiós-dijo-. Lamento que te vayas así.

-Yo también pero gracias por todo. Despídame de Lucero. Dígale que la llamaré.

-Ah, se me olvidaba. Lucero te dejó algo. Voy a buscarlo.

El regalo era un bulto envuelto en papel. Lo guardé con cuidado dentro de mi mochila lamentando que ella no estuviera para despedirse.

Me puse la mochila y partí sin mirar hacia atrás. Eran como las ocho de la tarde. Doblé en una esquina y caminé hasta llegar a la plaza de armas. Me senté en una banca para planear mis siguientes pasos pero mi mente no se encontraba de ánimo. Llamé a mi madre por teléfono pero no se encontraba. Algunas nubes desfilaban en el cielo como un regimiento poderoso y oscuro presagiando nueva lluvia. Compré algunas cosas y caminé rumbo a la carretera. Pasé por el frente del terminal de buses, un torreón español y la estación de ferrocarriles. La lluvia nuevamente comenzó a caer y la gente abría sus paraguas.

En las afueras de Valdivia comencé hacer dedo. Una camioneta se detuvo y la ciudad comenzaba a quedar atrás. Luego de unos cinco kilómetros la camioneta se detuvo. Caminé a una garita para resguardarme de la lluvia. Ahí comí algo mientras la lluvia se escuchaba como el sonido suave y armónico de un piano en concierto.

La garita fue mi refugio por una hora. Seguramente tendría que tomar el bus porque ya estaba oscureciendo. La lluvia menguó un poco y seguí caminando. Me detuve en otra garita pensando en como estaría Lucero. ¿Mi decisión había sido correcta? Lucero no era como las otras mujeres de mi vida. ¿Por qué? Porque no necesitaba defenderme de ella. Mi ser fluía como un río hacia ella que era como un mar lleno de cariño y comprensión. A lo mejor dejaba escapar mi única posibilidad de compartir la vida con la mujer que amaba.

El bus venía en el horizonte creciendo y creciendo hasta detenerse a mi lado. El auxiliar del bus bajó para abrir el porta maletas. Repentinamente recordé el regalo de Lucero, ¿estará seco? Comencé a sacar las cosas de la mochila mientras el conductor hacía sonar la bocina. Finalmente lo encontré, un poco húmedo y lo desenvolví. Era uno de los cuadros de Lucero donde aparecía un puente. ¡El puente! En aquel momento un sueño que no recordaba vino a mi cabeza como un estallido. "¡Es ella!" dije en voz alta mientras el auxiliar me preguntaba si viajaría o no. Le dije que me disculpara y le expliqué que debía regresar a Valdivia.

El bus se alejó y con él mi sombra. Ahora ya no necesitaba de ella. Solo necesitaba del amor que se manifiesta en nosotros y en ti querido lector.

fin... ¿Fin?

Epílogo

Gonzalo ya se había ido y puse un CD en la radio con la música de Javiera.

¿Dónde estás?

¿Dónde estás?

Amor perdido en el tiempo

aquel que busco y no encuentro.

perdido en mis dudas

el que espera mi alma ahogada en el miedo.

El viento me trae tu aroma

siento que estás cerca

aquí doblando la esquina

tu rostro voy a encontrar.

¿Dónde estás?

Alejado de esta ciudad

caminando en una tierra extraña

viviendo en tu soledad

hoy ya no tengo dudas y te puedo tocar.



Toponimia

Antilhue: lugar asoleado.

Bíobío: huío huío o víu víu. Lo que sería choque de aguas, rumor del agua del río.

Calbuco: agua azul.

Cautín: cueva de gaviotas o ser muy verde.

Collipulli: cerro colorado.

Cunco: agua negra.

Chillán: zorra, raposa.

Linares: apellido español. Se le dio el nombre de su fundador Don Francisco de la Mata Linares.

Loncoche: persona principal, jefe, cacique.

Longaví: cabeza de serpiente.

Llaima: resucitado o reaparecido.

Llanquihue: lugar sumergido.

Malleco: agua de greda blanda.

Ñielol: cerros agujereados, cangrejeras.

Osorno: el nombre fue dado por don García Hurtado de Mendoza en recuerdo de su abuelo el antiguo Conde de Osorno.

Paine: color celeste.

Pitrufquen: pedir cenizas.

Puerto Klocker: debe su nombre a la curtiduría de Reinaldo Klocker.

Puerto Octay: en voz indígena Utai (puerto del costado norte) o bien de Cristino Ochs, comerciante, que derivó en "Donde Ochs hay"

Puerto Varas: en homenaje al ilustre estadista Don Antonio Varas primer ministro del presidente Manuel Montt.

Quilanto: cañaveral o montes donde hay quila.

Renaico: excavar en busca de agua.

Santiago: el conquistador don Pedro de Valdivia la denominó "Santiago del Nuevo Extremo" en honor al santo patrón de España y la provincia donde nació.

Talca: Tralca. Tronar del trueno.

Temuco: agua de temu (árbol)

Toltén: voz que imita sonido de aguas u olas.

Valdivia: la ciudad y el río llevan este nombre por el conquistador Don Pedro de Valdivia.

Otras obras del Autor

Palabras del Universo/Antología



Palabras que nacen del Alma. Palabras que nacen del Universo. Palabras que se transforman en cuentos, pensamientos, preguntas a un maestro y una última palabra. Palabras que vuelan con el viento y se esparcen por el Universo. Palabras de aliento para los momentos adversos. Palabras que buscan ser escuchadas. Palabras que buscan ser amadas. No son más que " Palabras del Universo "

Torre del Sur/ Novela



Pablo y Gonzalo deciden viajar al parque nacional Conguillío ubicado en la novena región. Ahí, se ven involucrados en un conflicto que busca terminar con las araucarias de la zona y su viaje se ve envuelto en una lucha por la naturaleza y en aprender la sabiduría de un pueblo que aún sobrevive.

Así, van comprendiendo que una serpiente, un águila y el viento nos hablan de manera misteriosa y que el ser humano a pesar de creerse ajeno y superior a la naturaleza solo es parte de ella.

Encuéntralas en www.biblioredes.cl/kuntrun.cl